



Leoncio Urabayen.

Leoncio Urabayen
Yanguas y Miranda, 3-3º.
PAMPLONA

SUGESTION.

Novela ~~de antología de la novela~~

NOTA.

Cualquier semejanza que pretendiera encontrarse entre los lugares y acontecimientos de esta novela con otros de la realidad carecería por completo de fundamento. No hemos querido referirnos a ninguna época ni a ningún país en particular. Toda la novela es una pura fantasía.

L.

Ginko vió una sastrería y entró en ella.

- Deseo hacerme un traje - dijo en falundés.

El sastre lo miró de arriba abajo y repuso en solandés:

- No le entiendo a usted. Yo no sé más lengua que la solandesa.

- Pues yo conozco las dos - replicó entonces en solandés Ginko. Pero creía que en tierra donde vive tanto falundés todos conocerían esta lengua.

- Se equivoca usted. Aquí no hay más que solandeses, y su idioma, como el de toda Solandia, es el solandés.

Ginko se mordió los labios y saludando friamente, salió. Ya en la calle, sacó un periódico falundés de su bolsillo y desdoblándolo, echó a andar mientras leía. De pronto, un chiquillo que venía en dirección contraria mirando a la acera de enfrente, tropezó con él violentamente.

- Cochino falundés - dijo el chico. Si mirara usted dónde pisa en lugar de andar con los ojos metidos en ese ~~periódico~~ periódico, para perros!.

Ginko, herido en lo más vivo de sus sentimientos falundeses, pegó una patada al chico, que empezó a gritar:

- Socorro!. Bestia de falundés!. No debía haber uno!.

Algunos transeúntes se pararon y tomaron partido por el chico. Otros defendían a Ginko. Un policía se acercó. Después de oír el relato de lo sucedido detuvo a Ginko y le dijo que lo acompañara a la Comisaría.

- Está bien - repuso Ginko. Pero ¿y el chico?.

- Usted tiene toda la culpa por maltratarlo sin razón - contestó el policía.

- Me ha insultado groseramente.

- Es una opinión de usted.

- Cómo!. De modo que en Pestka, donde hay tanta sangre falundesca, no tenemos derecho a servirnos de nuestra lengua madre? - dijo asombrado Ginko.

- Esto es Solandia y en Solandia no debe usarse otra lengua que la

solandesa. Vamos a la Comisaría!

Un numeroso grupo se había reunido entre tanto. Había allí solandeses residentes hacía poco tiempo en Pestka, otros nacidos en la ciudad y la mayoría de origen falundés. Se entablaron acaloradas discusiones sobre el hecho que había motivado la detención de Ginko. Pronto quedaron deslindados los campos y solandeses y falundeses comenzaron a indignarse y a gritar. Por fin, un solandés se lanzó sobre un falundés alto y rubio que vestía traje de obrero. Este contestó con un puñetazo y la pelea se hizo general. Corrieron las mujeres y un montón de chiquillos que rodeaba al grupo se enzarzó también a mojicones. Los solandeses, en minoría, iban cediendo ante el empuje de los falundeses. Unos cuantos policías vinieron corriendo y tras no poco trabajo, consiguieron separar a los contendientes. Después de una rápida información, detuvieron a varios falundeses y al solandés que primero había agredido al obrero.

En la Comisaría, Ginko fué condenado al pago de una multa de cien oreles por haber maltratado a un niño.

Ginko se dirigió a su casa, avergonzado e indignado a la vez. Él, que tenía una vida tan limpia y sólo se había preocupado de trabajar tenazmente por crearse primero una posición independiente y más tarde por vivir en paz con los suyos, se veía afrentado por una condena cuya causa hacía retorcerse las fibras más profundas de su corazón. Descendiente ~~solandés~~ de falundeses que vivían en Pestka desde tiempo inmemorial, tenía el alma falundesa y guardaba en su hogar con fervoroso cariño las tradiciones y costumbres de su amada tierra originaria. En la intimidad de la familia y con los muchos falundeses residentes en la ciudad que ahora pertenecía a Solandia desde la guerra pasada, recordaban los tiempos en que el uso de su lengua materna podía ser un motivo de orgullo para ellos. Ahora, en cambio, hablar falundés significaba someterse al trato desigual de los solandeses que, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos por asimilarse a la población falundesa hasta borrar por completo sus características, se habían decidido a aplicar los eternos procedimientos de violencia empleados por otros pueblos para anular a los sometidos a su dominio.

Ginko entró en su casa. Su esposa conoció que algo extraordinario le

había ocurrido y le preguntó ansiosamente:

- ¿Qué tienes?.

- Nada, mujer -repuso Ginko, haciendo un esfuerzo por sonreír.

- No, nada no. A ti te ha pasado algo.

- Te aseguro que la cosa no tiene importancia. Simplemente, que un chiquillo me ha insultado por ser falundés y yo le he castigado como merecía.

- Y nada más?.

- Bueno. Y que la policía me ha condenado a cien oreles de multa.

- ¿A ti?. ¿Pero es posible?. Entonces los que queremos a Falundia sin dejar de apreciarla Solandia no vamos a poder vivir en Pestka?. Santo Dios! ¿A qué extremos van a llevar las cosas?.

- Vamos, mujer, tranquilízate. Ya se darán cuenta alguna vez de que estén desarrollando una mala política.

- No. Te equivocas. Presiento malos días para nosotros, los que llevamos en nuestras venas sangre falundesa.

En aquel momento entró Cristián, el hijo mayor del matrimonio Ginko. Venía del colegio y parecía como querer ocultarse y pasar inadvertido. Apenas pudieron entenderse las palabras de su saludo. Su padre ~~quedó extrañado~~ le miró extrañado, pues Cristián, muy alegre por naturaleza, solía entrar ruidosamente, llenando la casa con sus risas y sus voces.

- Ven aquí, Cristián - dijo Ginko.

El chico se quedó parado un momento y luego, como de mala gana, se acercó a su padre.

- ¿Qué te pasa?. Parece que has llorado.

El chico permaneció mudo.

- Vamos, Cristián. ¿Te han pegado?.

El chico no contestó. Ginko empezó a alarmarse.

- Pero Cristián, por Dios, habla - dijo su madre.

El chico, por toda contestación, rompió a llorar. De repente, Ginko sospechó la verdad.

- ¿Qué te ha dicho el maestro, Cristián?.

- Ay, papá, me ha castigado! - dijo el chico llorando.

- Pero ¿por qué?

- Por hablar falundés. Me ha dicho que, aunque no quiera, soy solandés y que no me consentirá que hablē falundés. ¿Cómo voy a hablar con vosotros?

- Bien, hijo mío - dijo Ginko conteniendo a duras penas su ira. En la escuela habla solandés, pero aquí nadie podrá impedirte que emplees la lengua que quieras.

Y una llama se encendió en sus ojos.

- 6 -

II.

Al anochecer del día siguiente, Ginko se dirigió a la cervecería "El Cosodrilo". Cuando llegó, el local hervía de gente. Las mesas estaban totalmente ocupadas y Ginko miró a todos lados tratando de encontrar un lugar vacío.

- Eh, Ginko!.

Miró a la derecha y vio entre el gentío a su amigo Malso que le hacía señas ~~para que se acercara~~ para que se acercara. Malso quitó su sombrero de una silla y la ofreció a Ginko.

- ¿Qué hay de nuevo?.

- Lo de todos los días - contestó Ginko sentándose.

- De modo que los solandeses no tienen enmienda!.

- Ni intenciones. Verás lo que me pasó ayer.

Y Ginko relató a su amigo lo sucedido el día anterior.

- Pero quieren arrojarnos a la desesperación! - dijo indignado Malso cuando Ginko hubo acabado de hablar.

- No sé. Pero pensar que les sería facilísimo tenernos a todos contentos.... No comprenden que si su personalidad es fuerte la nuestra no lo es menos y en tal caso lo mejor es respetarse mutuamente y no intentar una asimilación imposible. Con que nos dejaran ser como somos

Un ~~prolongado~~ prolongado siseo interrumpió el razonamiento de Ginko. Los dos amigos dirigieron sus ojos hacia uno de los testers de la cervecería. Sobre una pequeña plataforma se encontraba un falundés casi blanco de puro rubio, vestido de chaqué y con un alto cuello planchado. Se hizo un silencio general y el falundés de la plataforma comenzó a leer:

- "Al Sr. Presidente de la República de Solandia: Oprimidos por una política que estimemos equivocada y convencidos de que esa Presidencia será la primera en sorprenderse e indignarse del trato que algunos millones de súbditos solandeses están recibiendo, nos determinamos a elevar hasta ella nuestras quejas, confiados en los sentimientos de justicia que han animado siempre a los

Gobiernos de Solandia:

- Creo que todo será inútil - dijo en voz baja Ginko a su amigo.

- Pero nuestro deber es agotar todos los medios pacíficos antes de rebelarnos - repuso Malso.

- "La vida para los falesianos de sangre falundesa - prosiguió el lector - está sometida a las más duras pruebas. Se nos trata con desprecio y con desigualdad. Se nos reprocha a cada momento nuestro origen falundés. Se ponen trabas a nuestras reuniones y se ha declarado a la lengua falundesa una guerra a muerte. Diarios son los casos de súbditos solandeses burlados y escarnecidos por hablar falundés. Nuestros hijos son castigados en las escuelas por expresarse en falundés, aun fuera de las clases, y constantemente se nos dice que Solandia no admite ciudadanos distintos de los que ocupan los otros departamentos. Nosotros no acabamos de comprender cómo esto puede ser posible en un país amante de la libertad y de los derechos del hombre y estamos seguros de que el Gobierno de Solandia desconoce estos hechos que requieren pronto remedio".

- No, eso no es cierto - dijo Ginko a Malso. El Gobierno solandés sabe muy bien lo que pasa aquí. No estarían, si no, tan envalentonadas las autoridades de Pestka.

- Sí, ciertamente. - replicó Malso. Pero es la única hipótesis que podemos admitir oficialmente.

- "Finalmente - continuó el lector - los usos y costumbres que nos dejaron nuestros antepasados son mirados como algo pecaminoso e indigno de consideración y se persigue toda manifestación espontánea de nuestro modo de ser. Esa Presidencia comprenderá muy bien que tal política sólo puede acarrear funestas consecuencias y, de ser consentida por el Gobierno de Solandia, el nombre de ésta padecería sensiblemente al mancharse con una opresión que el curso de los tiempos hace inexplicable. Lo hábil, a nuestro juicio, sería dejar manifestarse libremente a cada personalidad para que, dentro de un mutuo respeto, pudiéramos todos convivir armoniosamente. La política opuesta, la de la violencia, la de la uniformidad impuesta desde fuera, fracasará

indefectiblemente. Nosotros anticipamos desde luego sin ninguna ^{reservación} actancia que nos oponeremos con todas nuestras fuerzas a toda acción brutal que pretenda desfalundizarnos ciegame. Y ahora, Sr. Presidente, los millones de falesianos ~~de~~ de sangre falundesa esperan que Solandia respetará su modo de ser".

Un confuso rumor de voces de aprobación se alzó cuando el falundés de la plataforma hubo terminado su lectura.

Ginko dijo a Malso:

- Me parece que estamos vigilados. Fíjate en aquel individuo que está apurando un jarro de cerveza en este momento. Juraría que es un policía disfrazado.

- Hombre, no te extrañe. Los dedos se les hacen huéspedes y no podían ignorar que hoy teníamos reunión en "El Cocodrilo".

A todo esto, en la misma plataforma que había servido para la lectura del escrito que iba a ser dirigido al Presidente de la República de Solandia se había colocado una mesita y en ella varios pliegos. Los falundeses reunidos iban pasando y dejando su firma en ellos. Cuando tocó la vez a Ginko, dijo a su amigo:

- Te aseguro que me sobra razón para firmar por diez mil en vez de por uno solamente.

- Sí, no lo dudo - repuso Malso -, pero rara vez las cosas se ajustan a nuestros deseos.

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

1944 x 1945

III.

Pasó un mes. La opresión se hacía cada vez más fuerte. Cuando dos pestkese de origen falundés se encontraban, casi todo el tiempo se les iba en relatar los atropellos que se habían de sufrir. En sus casas, en sus reuniones, los lamentos eran generales. No era posible vivir así. Ellos sentían dentro de sus almas una repugnancia invencible a sofocar su lengua, sus costumbres, sus amores hondos y tradicionales. Más que un esfuerzo enorme de voluntad, hubiera sido necesario un cambio total en su constitución para que ellos pudieran olvidar la canción que en su corazón cantaba la muchedumbre de sus antepasados.

Entretanto, el Gobierno holandés callaba. Los falesianos amantes de las cosas falundesas esperaban todos los días la respuesta que habían solicitado; pero cada hora traía un nuevo desencanto. Y a compás de la desesperanza crecían el malestar y el descontento.

Una tarde, Ginko recibió una carta. En ella se le invitaba, como a todos los vecinos de Pestka de origen falundés, a una manifestación que se celebraría el día siguiente para exponer a las autoridades de la ciudad lo violento de la situación en que se les estaba colocando y la injusticia del trato que recibían.

Ginko salió y se dirigió hacia su oficina. Se detuvo un momento ante un kiosko de periódicos y notó que alguien se paraba a la vez que él. Siguió andando y de repente, volvió la cabeza. Tras él, a alguna distancia, marchaba un hombre con traje de obrero que lo miraba fijamente. Ginko pudo notar que aquellas ropas no le iban bien.

- Vamos!. Me consideran hombre peligroso y me han puesto guardia. Tengamos paciencia.

Y entró en su oficina, procuran-do no pensar más en el asunto, aunque sin conseguirlo.

A la mañana siguiente, la gran plaza donde se encontraba la cervecería "El Cocodrilo" estaba animadísima. Por todas las bocacalles afluyán hom-

bres en pequeños grupos. Casi todos eran rubios, fuertes, con ojos azules y caras concentradas. En el centro de la plaza, alrededor del monumento que la embellecía, iban reuniéndose y ordenándose. Poco a poco se iba formando una masa apretada de la que descollaban varios carteles que parecían velas balanceándose sobre el mar de cabezas. Se oía un rumor sordo, como de cien conversaciones mantenidas a la vez, pero que se contenía en un tono discreto, cual si fuera una voz que, al gritar, temiera pasar por mal educada.

Cuando Ginko llegó, la plaza estaba casi llena. Abriéndose paso con alguna dificultad, consiguió llegar hasta el centro. Le pareció que se sumergía en el interior de un ser enorme dentro del cual él no era ya más que una célula. Aquella masa estacionada, como un gran animal en reposo, respiraba sosegadamente y acababa de formarse y adquirir una unidad sobrenatural por la simple yuxtaposición de miles de seres diferentes. Todos ellos se apretaban y articulaban, impelidos por un sentimiento común, por una aspiración que, partiendo de su espíritu, acababa por reunirlos en un solo cuerpo que iba a marchar, arrastrándose solemnemente, por las calles de Pestka.

De pronto, la gran masa sufrió una conmoción. La cabeza había empezado a moverse. Y de la misma manera que una gigantesca lombriz avanza strayendo con una parte de su cuerpo al resto de él, así la manifestación fué siguiendo el movimiento iniciado por la cabeza.

Encajonado entre las altas paredes de las casas, el gran cuerpo marchaba silenciosamente. Sobre él bogaban los carteles con inscripciones diversas: "Deseamos que se respeten todos los idiomas". "Dejad a cada uno que sea como es". "Nuestros usos y costumbres son nuestra misma alma". Un muchachote alto y cejijunto portaba otro que decía: "Paz y respeto a todos". En medio del silencio imponente, los carteles recogían la palpitación común de aquella muchedumbre y la metían vágorosamente en los ojos de los curiosos que presenciaban el paso de la manifestación.

Ginko se sentía invadido por una sensación augusta. Las casas parecían adquirir el aire de las paredes de un templo. Y la marcha callada de la multitud, que marchaba llena de fe, reposadamente, enervorizada, semejava el

paso de una procesión en honor de las cosas más santas de su alma. Perdió la noción de lo exterior y se abstraigo en una lucha interior de dolor y de alegría, de pesimismo y de esperanza, ante el resultado de los esfuerzos para que se respetaran sus modalidades características.

Un ruido áspero lo trajo a la realidad. A algunos metros de él se oían ~~gritos~~ gritos insultantes. Pronto vió que desde el portal de una casa varias mujeres proferían voces ofensivas para los manifestantes. Entre éstos se veía a algunos que rabiaban por contestar en forma condigna. Pero otros recomendaban calma y por fin, el gran reptil, después del pinchazo, continuaba su marcha tras una ligera contracción.

El terreno, sin embargo, estaba lleno de obstáculos. Las mujeres gritadoras, sintiéndose heridas por la actitud tranquila de los manifestantes, empezaron a invectivar a los solandeses que hasta entonces habían observado con indiferencia el paso de la multitud. Y no se pudo evitar que algunos, más impulsivos, secundaran a las mujeres en sus provocaciones. El gran cuerpo sufrió entonces una sacudida. Eran hombres contra hombres. Y el incontenible temor a parecer cobardes hizo a algunos manifestantes responder a las provocaciones en un tono adecuado.

Ginko no pudo al principio darse cuenta de lo que pasaba. Pero de pronto vió un confuso montón de hombres que luchaban a puñetazos y patadas. Varios bastones saltaron en pedazos y la sangre empezó a manchar las caras de los contendientes. Un movimiento de vaivén hizo oscilar a la manifestación, que empezó a concentrarse hacia el lugar de la pelea. Pero enseguida aparecieron varios policías que, violentamente, separaron a los que reñían y se llevaron a algunos detenidos.

Pronto worrió por todo el gran cuerpo de la manifestación el relato de lo sucedido, alterado y agrandado. No obstante, los más dueños de sí procuraban tranquilizar a los otros, que protestaban indignados de que, contra toda razón y derecho, tratara de impedirseles manifestarse pacíficamente. Al fin, la enorme masa reanudó su pausada marcha, más apretada que antes, como poniendo sus músculos en tensión.

Aun Ginko tuvo que dominarse varias veces al presenciar escenas como las que había visto. La firme decisión de los manifestantes impidió, no obstante, que los sucesos tuvieran mayor gravedad. Por último, la manifestación llegó ante la prefectura. Una comisión compuesta de cuatro individuos subió a hacer presentes a las autoridades solandesas las aspiraciones de los pestkeses de origen falundés. El prefecto contestó que estudiaría los deseos de los manifestantes y los despidió con una fría amabilidad.

Cuando la comisión salió a la calle, el gran organismo comenzó a disgregarse. Su masa se desvanecía hilo a hilo por todas las calles adyacentes. Al cabo de un rato ya no quedó nada del enorme ser.

En el momento en que Ginko penetraba en su casa un individuo vestido con un traje oscuro se apostó en uno de los portales de la acera de enfrente.

IV.

- Qué trae usted? - preguntó Dubo, el prefecto de Falesia.

Ante él, en su despacho, estaba Bating, el comisario de policía.

- Estas cartas - dijo Bating - que hemos conseguido detener. Son para uno de esos falundeses.

- Veamos.

Dubo comenzó a leer. A medida que hojeaba las cartas una mezcla de contrariedad y de satisfacción se reflejaba en su rostro.

- Hay aquí pruebas bastantes para condenar a esa gente. ¿Hay algún detenido?. - preguntó Dubo.

- Sí, señor. Un tal Ginko.

- ¿Qué tipo es?

- Parece hombre peligroso. Sus antecedentes son inmejorables, pero está fichado como uno de los más ardorosos propagandistas de la anexión de Falesia a Falundia.

- ¿Pruebas?.

- Esas mismas cartas. Tiene varios hermanos en Falundia y con ellos se entiende. Actualmente parece buscar el apoyo del Gobierno falundés para conseguir lo que ellos llaman sus reivindicaciones.

- Está bien. Pónganlo ustedes a buen seguro.

- Lo hemos hecho ya.

- Y como parece que las maniobras de estos falundeses entran en una fase peligrosa para la seguridad de Solandia, procuren ustedes encontrar pronto las pruebas de ello y tráerlas enseguida.

- Así se hará - contestó Bating.

Y saludando respetuosamente, salió del despacho.

Entretanto, la mujer de Ginko, alarmada por la tardanza de su esposo, se echó a la calle. Bien pronto supo que su marido había sido detenido. Desolada, corrió a buscarlo y tras algunas pesquisas, averiguó que estaba en la pri-

sión. Solicitó verlo; pero fué necesario acudir al mismo prefecto, el cual, compadecido del dolor de aquella mujer, accedió a su deseo. Sin embargo, un policía fué puesto a su lado, con la orden de cortar la entrevista en cuanto notara en Ginko intenciones de servirse de su esposa para transmitir cualquier noticia a sus compañeros de la supuesta ~~aspiración~~ conspiración.

Cuando la esposa de Ginko vió a éste lo encontró tranquilo al parecer; sin embargo, sus ojos miraban con una fuerza extraña.

- ¿Qué has hecho, Carlos?

- Nada. No sé por qué me han traído aquí - dijo Ginko sombríamente.

- Pero tú no has hecho nada malo, verdad?

- No. Te lo aseguro.

- Te creo, Carlos. Sé que eres incapaz de obrar mal. Pero tú no sospechas?....

- Sospechar.... sospechar.... Sí. Me figuro algo. Pero pronto saldremos de dudas.

En aquel momento entró un vigilante que invitó a Ginko a que le acompañase.

- Más pronto de lo que creíamos, querida mía - dijo Ginko a su esposa.

Tuvieron que separarse. Ella, muerta de angustia. El, sereno en apariencia, aun-que se adivinaba en su actitud algo contenido a duras penas y que pugnaba por desbordarse.

Ginko fué conducido a una sala donde le esperaba Bating.

- Sebe usted por qué se le ha detenido? - preguntó el comisario.

- Lo ignoro por completo.

- ¿No se escribe usted frecuentemente con uno de sus hermanos que reside en Falun?

- Sí. Naturalmente.

- ¿Y no recuerda usted haberle encargado nada de que tenga usted que arrepentirse?

- Nada. No, señor.

- Procure usted acordarse.

- No. No recuerdo. - dijo Ginko con firmeza.

- Bien. Yo le ayudaré a usted. ¿No es cierto que hace cosa de quince días escribió usted a su hermano rogándole que iniciara ciertas gestiones cerca del gobierno falundés?.

- Es cierto.

- ¿Obraba usted por delegación o por cuenta propia?.

- Interpretaba el sentir de muchos solandeses de origen falundés.

- Le ruego me conteste concretamente. Esa gestión partía de usted exclusivamente o era un encargo que usted había recibido?.

Ginko permaneció en silencio.

- Vamos - continuó el comisario - su justificación es fácil. Nada tiene usted que temer si nos da los detalles necesarios sobre la organización que han planteado.

En el alma de Ginko batallaban fuertemente dos sentimientos. No quería mentir porque le parecía una cobardía y, por otra parte, tampoco quería comprometer a sus amigos, cuya libertad dependía de sus declaraciones. Por fin se decidió.

- Las autoridades solandesas - dijo - conocen muy bien cuáles son nuestras aspiraciones y cómo sufrimos por el trato que nos dan. La situación se ha hecho tan insostenible para nosotros que, después de agotados cuantos medios se nos podían ocurrir para acabar con un estado de cosas verdaderamente incomprensible en tierras de Solandia, nos hemos decidido a solicitar la ayuda de nuestros hermanos falundeses. Esto es todo.

- Pero usted no debe ignorar que ese es un grave delito.

- ¿Por qué?. Nosotros no tratamos de provocar un conflicto internacional. Estamos conformes con que Falesia sea solandesa, pero nos parece que en estos años en que vivimos es verdaderamente absurdo que no se permita a ciudadanos solandeses manifestarse como son. Lo que nosotros perseguimos con nuestra gestión cerca del Gobierno falundés es simplemente buscar un apoyo de tal

consideración que no pueda menos de atenderse, ya que a nosotros no se nos hace ningún caso.

- Y si por culpa de ustedes llegaban Solandia y Falundia a un casus belli?

- Ni se nos ha ocurrido tal posibilidad. Seríamos los primeros en lamentarlo. Pero tampoco hasta ahora creo que haya motivo para tanto, y pensamos que siempre ~~mejor~~ debe recurrirse a los medios pacíficos antes de echarlo todo a rodar. Lo que nosotros demandamos del Gobierno falundés es que, en razón a las afinidades de raza, sea quien, recogiendo nuestros anhëlos, los defienda ante Solandia con una autoridad de que, por lo visto, nosotros carecemos.

- ¿Y si Solandia desatendía a Falundia?

- Lo consideramos tan improbable que ni siquiera hemos pensado en que tal cosa pudiera ocurrir. Estamos tan convencidos de la justicia de nuestras aspiraciones que atribuimos al Gobierno solandés solamente indiferencia e ignorancia ante ellas. Y por eso esperamos que cuando otro Gobierno presente nuestras peticiones, serán satisfechas. Por otra parte, el Gobierno solandés puede estar seguro de nuestra adhesión a él, a pesar de todo. Nuestra gestión no tiene más objeto que ser representados por un mediador con la suficiente autoridad para ser oído.

A medida que Ginko hablaba, la cara de Bating se iba animando. Las pruebas del supuesto complot contra la seguridad de Solandia estaban ya en su mano.

- Bien - dijo Bating. ¿Tendría usted ahora la amabilidad de decirme quiénes de ustedes han recibido ~~el~~ el encargo de realizar esas gestiones?

Ginko vió claramente cuál era la intención que envolvían las palabras del comisario y, resuelto a no denunciar a sus compañeros, repuso:

- Realmente no hemos constituido aún una organización regular. Aquel que, como yo, por tener allegados en Falundia, puede ser útil para hacer más eficaces los esfuerzos porque Solandia reconozca nuestros derechos, realiza la gestión según su leal saber y entender.

- De modo que no obedecen ustedes a ninguna entidad directiva del movimiento?.

Ginko, no queriendo mentir ni dar el nombre de los directores de la acción ya emprendida, contestó a la pregunta de Bating con otra:

- No es cierto que no han encontrado ustedes nada que se relacione con juntas u organizaciones cuyo objeto sea encauzar estos deseos nuestros que las autoridades solandesas no ven modo de satisfacer?.

- Eso es cuenta nuestra. ¿Insiste usted en no dar los nombres que se le piden?.

- No tengo nada más que decir.

- Está bien. Conduzcan ustedes al detenido a su celda - ordenó Bating. Cuando Ginko salió, el comisario preguntó a un agente que había estado escribiendo mientras él hablaba con el detenido:

- ¿Ha tomado usted nota de todo, Binasko?.

- Sí, señor. Está todo.

Al día siguiente Bating se entrevistaba con el prefecto.

- Qué, hay algo nuevo? - preguntó Dubo.

- Sí, señor - contestó el comisario. Tenemos ya las pruebas completas de las maniobras antipatrióticas de estos falundeses.

- A ver, a ver! - dijo el prefecto con una impaciencia mal reprimida.

- Aquí están las declaraciones prestadas por uno de los detenidos ayer, el Ginko a quien se cogieron las cartas. Y aquí - añadió sacando de su cartera unos papeles - el atestado formado con motivo de otras detenciones realizadas ayer noche por mis agentes.

El prefecto cogió los papeles y comenzó a leer. Allí se daba cuenta de que un agente, fingiéndose emisario del hermano de Ginko residente en Falun, pidió se le condujera al lugar donde se encontraba reunida la junta directiva de todo el movimiento falésiano en favor de los falundeses sometidos a Solandia. Era en la cervecería "El Cocodrilo" y pronto el agente se encontró en una escondida habitación donde toda la junta se había congregado. Entregó unas cartas simuladas y salió enseguida. En cuanto se mostró en la puerta de la cer-

vecería, se le incorporaron una docena de agentes que penetraron rápidamente y consiguieron sorprender a todos los reunidos, los cuales habían sido detenidos y llevados a la cárcel.

- añadió:
- Ha trabajado usted bien, Bating. Y sin poder ocultar su satisfacción.
 - Es una^{ll} conspiración en toda regla y las pruebas son abrumadoras.

V.

- En el Consejo que celebramos hace quince días comuniqué a ustedes las pruebas de la con-spiración urdida por los falundizantes de Falesia para atraerse la ayuda de Falundia. Hoy he recibido noticias más graves aún. Han sido detenidos varios agentes llegados de Falundia para fomentar el descontento. Todos son parientes de los organizadores del movimiento detenidos hace unos quince días y aunque alegan haber ido simplemente a visitarlos, nosotros podemos hacer creer a todos fácilmente que su intención era continuar la gestión de la junta ahora prisionera. La situación no puede ser más favorable para los intereses de Solandia.

Quien hablaba así era el Ministro de Negocios Extranjeros solandés. El Consejo en pleno se hallaba reunido en el despacho de la Presidencia alrededor de una gran mesa lujosamente tallada.

- Sin embargo - dijo el Ministro del Interior - toda precaución será poca en este delicado asunto. Es necesario que todos los pronunciamientos estén a nuestro favor. A toda costa hay que impedir que pueda creerse que la provocación ha partido de nuestro lado.

- No hay nada que temer respecto a eso - repuso el Ministro de Negocios Extranjeros -. Tenemos pruebas suficientes para satisfacer a los más descontentadizos. Nuestra tesis es que Falundia fomenta el descontento de nuestros súbditos falesianos de sangre falundesa para provocar un conflicto y, alegando derechos históricos y raciales, reivindicar la devolución de esas tierras que Solandia le quitó después de la última guerra.

- En eso creo que todos estamos conformes - repuso el Ministro del Interior -. Yo me refería a los requisitos imprescindibles para que toda la opinión se pusiera desde luego de nuestra parte. No está todavía demasiado lejos el recuerdo de la pasada guerra y necesitamos que todos los solandeses queden persuadidos de que Falundia sigue constituyendo una formidable amenaza para nuestra Patria. Hay que procurar que nuestros soldados vayan animados del me-

por espíritu.

- A eso tienden todos nuestros esfuerzos - replió el Ministro de Negocios Extranjeros-. Pero no tienen ustedes más que hojear estos papeles que contienen las diligencias llevadas a cabo para esclarecer las maquinaciones falundesas en Falesia y quedarán ustedes persuadidos de que todos los cabos están bien atados y de ^{que} las pruebas resultan contundentes.

Uno de los Ministros pidió entonces que se diera lectura a dichas diligencias y terminada ésta, el Presidente dijo:

- Estimo que hemos llegado a uno de los puntos críticos de nuestro plan. Probada con apariencias irrefutables la complicidad de Falundia en ~~la~~ la agitación falesiana contra Solandia, creo que nuestro camino está claramente marcado. Se impone una reclamación en regla, y como seguramente Falundia se negará a dar las satisfacciones que nosotros habremos de pedirle, mi opinión es que los Sres. Ministros de la Guerra y de la Marina intensifiquen todo lo posible la preparación de nuestros elementos de combate con objeto de adelantarnos en cuanto las hostilidades sean rotas.

- Aunque comprendo las poderosas razones que obligan al Gobierno a tomar tan graves medidas -dijo entonces Plat, Ministro de Instrucción Pública - soy partidario de exigir antes a Falundia seguridades todo lo formales que se quiera para apartar el peligro que se cierne sobre Solandia, en lugar de ir derechamente a un choque terrible de cuyas consecuencias aún conservamos tan amargos recuerdos.

El Presidente no pudo disimular una levísima sonrisa. Plat era un hombre cuyos extraordinarios méritos enorgullecían al Gobierno solandés; pero, según el Presidente, vivía siempre un poco fuera de la realidad y él lo llamaba cariñosamente "el romántico del Consejo".

- El Sr. Ministro olvida - dijo el Presidente - que las cosas han llegado a un punto tal que seguramente Falundia se negará a hacer ninguna concesión a lo que nosotros le pidamos. Y mucho menos, a lo que Solandia reclamaría si se tratase de su seguridad. El creciente poder de Falundia es ya una pesadilla para nosotros y uno de los dos pueblos estorba al otro. ¿Creen ustedes, pues,

aceptable mi prop-osisión?.

El acuerdo que iba a tomarse tenía una gravedad extraordinaria. Había que presentar una reclamación en tales condiciones que imposibilitara a Falundia para darle debido cumplimiento sin menoscabo de su dignidad. Esto era la guerra. Otra guerra después de la pasada no muy lejana, en la cual Solandia había de sufrir otra vez terriblemente. Pero el espectro de una Falundia cada vez más fuerte, mirando con ojos codiciosos a Solandia, bastó para decidir a todos los miembros del Consejo.

VI.

- La Mañana!. El Diario!. El Correo!. Mercurio!. Con la contestación falundesa!. - gritaban los vendedores de periódicos desparramándose por las calles.

Bien pronto tenían que volver a las imprentas por más papel. Los ejemplares les eran quitados de las manos. La gente cogía el periódico febrilmente y devoraba las líneas que contenían el texto de la respuesta falundesa a la reclamación holandesa. Y enseguida empezaban los comentarios.

- Falundia no da su brazo a torcer - decía un empleado a otro.

- No, no. Fíjate en este párrafo. "El Gobierno falundés no vacilaría en dar a Solandia las satisfacciones debidas si los hechos que se atribuyen a supuestos agentes falundeses fueran ciertos". Y como resulta que las pruebas contra ellos son aplastantes, las satisfacciones vendrán.

- De los infelices es el reino de los cielos. Tú eres un alma de Dios. Mira este otro párrafo. "Pero Falundia no puede menos de reconocer, puesta en un alto terreno ideal, la justicia de las aspiraciones de los falesianos de origen falundés. Y no acierta a explicarse cómo la libre Solandia puede patrocinar en esos territorios una política opresora del pensamiento ~~xxxxxxxx~~ y del sentimiento en una de las diversas manifestaciones que enriquecen la cultura del mundo. Así pues, el Gobierno falundés rechaza la atribución de complicidad en el movimiento falesiano y, por encima de pasiones y rencores, se permite rogar a las instituciones holandesas exijan a las autoridades de esos territorios un trato justo y equitativo a todos los súbditos holandeses de origen falundés".

- Atiza!. Levantas el puño y te encuentras con una torta.

- Eso mismo. Ya ves, somos nosotros quienes pedimos una satisfacción y nos salen ellos con otra. Por eso te decía que Falundia no cedía.

- Y qué va a ocurrir ahora?.

- No sé. Mala cara presenta esto.

- La guerra quizás?.

- Quién sabe!...

A la mañana siguiente, los periódicos dedicaban atención preferente a la grave cuestión solando-falundesa. Uno de ellos ostentaba con grandes titulares estas palabras: "Los falundeses preparan otra guerra". Otro publicaba un artículo en el cual se examinaban las circunstancias en que se encontraban Solandia y Falundia y los móviles probables que impulsaban a los falundeses a no satisfacer las justas demandas solandesas.

- Escuchad - decía un obrero leyendo ante un corro reunido a la hora de almorzar en el patio de la fábrica. "Bien conocidos son de todos los formidables esfuerzos realizados por Falundia para reconstituirse después del gran revés sufrido en la pasada guerra. Amparada en el apoyo que encontró en los demás países para liquidar bonitamente sus deudas, ha llegado, en el corto lapso de tiempo transcurrido desde entonces, a alcanzar el mismo nivel de fuerza que poseía antes, al estallar la guerra última. Y Solandia, desamparada por sus aliados de otros tiempos, se encuentra ahora sólo frente al peligro que en estos días se ha hecho más amenazador que nunca".

- Tiene razón - dijo uno de los del corro.

- "Solandia - continuó el lector - ha permanecido hasta ahora con el arma al brazo, aunque sin descuidar por eso el fomento de todas sus actividades, que le han llevado a una situación desde la cual puede mirar sin temor cualquier contingencia, ya que, vencida la crisis de la natalidad y encauzados debidamente todos los esfuerzos, puede considerarse como una de las primeras potencias mundiales. Pero la ambición falundesa no ha muerto. Y el recuerdo de su efímero dominio sobre nuestras amadas tierras de Falesia le roe el corazón y le hace perder la cabeza. Así las cosas, el Gobierno solandés recibe la altiva contestación falundesa. ¿Qué resolverá?. ¿Cuál será su determinación?. Nosotros ponemos en él toda nuestra confianza y estamos dispuestos a todos los sacrificios por la Patria".

- Y todos haremos lo mismo - dijo uno de los obreros -. Veremos ahora lo que dice nuestro Gobierno.

Otro periódico contaba las supuestas maniobras falundesas en Falesia. Para él, Ginko y sus compañeros obedecían las órdenes del Gobierno falundés y, con la excusa de defender su lengua y sus costumbres, no hacían más que sembrar el descontento entre la población falundesa de Falesia. Cuando la fruta estuviese ya madura se intentaría provocar un plebiscito que arrojará un resultado favorable para la causa falundesa en aquellos territorios y entonces se recurriría a las otras potencias para hacer valer los derechos falundeses. Si las potencias permanecían sordas, Falundia, eligiendo el momento más favorable, se arrojaría sobre Solandia, justificando su ataque con las justas demandas de Falesia, y todo el mundo diría entonces que le asistía la razón. "Caeríamos en una sencillez rayana en la tontería - decía el periódico - si fuéramos a creer en las manifestaciones de los detenidos que afirman que sólo buscaban el apoyo desinteresado de Falundia para el logro de sus aspiraciones. Conociendo el odio y el deseo de revancha que anima a los falundeses, eso no pasa de ser una burda excusa para ^{con la intención} ~~encubrir~~ la oculta aspiración de nuestros enemigos a promover un conflicto de anularnos definitivamente".

En el mismo tono se expresaban muchos periódicos. Se olfateaba la guerra al través de todos los argumentos y la tendencia era idéntica.

- Parecen obedecer a una consigna - se decía Garal, profesor del Instituto de San Luis-. Es como si alguien les hubiera enseñado antes la lección que todos recitan admirablemente, como chicos aprovechados. Y no deja de ser extraña esta unidad, porque no es corriente que en un asunto de tanta monta los criterios de tan diversos periódicos sean tan unánimes.

Estaba en la biblioteca del club y había ya hojeado un montón de diarios. Cogió otros nuevos y le llamó la atención ver en algunos la falta de comentarios sobre la situación. Se limitaban a copiar la respuesta falundesa y nada más. Se fijó en ellos y notó que pertenecían todos a la izquierda, a los partidos radicales, unos más avanzados que otros.

- Vamos, ya hay quien disiente - se dijo -. Estos parece que no las tienen todas consigo respecto a la actuación solandesa. ¿Quién tendrá razón?.

Y arrellanado en su butaca, con la mirada perdida, se puso a pensar en cuanto había leído.

VII.

Transecurrió una semana. Los periódicos iban hablando cada vez más claramente de la inminencia de la guerra. No se veía otra salida digna a la gestión iniciada por el Gobierno solandés. Falundia se había desentendido por completo de la reclamación que se le había dirigido y, en consecuencia, se negaba a dar satisfacción alguna a Solandia.. Sin embargo, en este país no parecía sentirse gran entusiasmo por la lucha que los periódicos presentaban como próxima e inevitable. La "bella Solandia" lo era cada vez más. Su prosperidad creciente, lo amable de su vida, convidaban a la paz mucho más que a la guerra. Pero los periódicos hablaban con tal calor de un peligro inmediato, que ya la opinión comenzaba a conmoverse y a secundar el entusiasmo desplegado por la Prensa.

Sólo los periódicos de la izquierda habían adoptado una actitud incomprendible. Resucitando viejas cosas ya olvidadas, recordaban la inutilidad de la pasada guerra, que provocó una crisis gravísima de la cual Solandia pudo salir gracias a la potencia de su espíritu y a la riqueza de su territorio. A pesar de todo y aun saliendo triunfante, Solandia no logró recoger frutos apreciables de su victoria y Falundia se encontraba en la actualidad como antes de la guerra. ¿A qué condujo aquel enorme esfuerzo?, se preguntaban. Ahora la situación parecía asemejarse a la de entonces. Se iban, pues, a repetir los mismos sucesos con resultados aún más deplorables sin que se viera motivo suficiente para ello.

Cuanto mejor era - recomendaban esos periódicos - buscar al pretendido conflicto soluciones amistosas!. Los hombres - decían - deben entenderse con la cabeza y no con los puños. Falundia parece dar muestras de sinceridad al desentenderse de la participación que se le atribuye en los sucesos de Flesia. Pues búsquese una solución pacífica que no hiera la susceptibilidad de ninguna de las dos partes. Después de todo, los cerebros de nuestros hombres

de gobierno pueden trabajar con igual fruto en el sentido de la paz que en el de la guerra y ya es hora pasada de que sigan otra orientación que la de promover peñas perpetuas.

Entre estos periódicos de la izquierda los había que abogaban resueltamente por la paz a toda costa. "Si hemos llegado a los tiempos actuales - decían - para que por un quitame allá esas pajas dos pueblos luchen encarnizadamente hasta la prostración, que no se nos hable de civilización, ni de progreso, ni de cultura, porque todo eso no serán más que zarandajas para mal cubrir la desnudez selvática de nuestros instintos. Si en el terreno particular cada uno de nosotros no vacila hasta en aparecer como cobarde muchas veces por evitar prudentemente mayores males ¿qué excusa tiene una nación que busca pelea alegando que su vida está amenazada?. Sería lo mismo que si un individuo saliera de su casa y empezara a reñir con cada uno de los ciudadanos que se tropezara en la calle, pretextando que eran más fuertes que él y podrían en un caso dado poner su vida en peligro. Si el hombre es sociable por naturaleza y la guerra es uno de los hechos más antisociales que pueden ocurrir, es un delito de lesa humanidad provocar una guerra sin causa muy justificada". Y otros argumentos por este estilo.

Alguno de estos periódicos llegaba a más. Acusaba al Gobierno holandés de llevar a cabo una tortuosa gestión diplomática cuyo fin no era otro que provocar la guerra. Decía que la complicidad atribuida a Falundia era una falsedad y que no tenía más objeto que justificar el ataque holandés para el cual los Ministerios de Guerra y Marina estaban haciendo febrilmente grandes preparativos.

En lo que todos los periódicos avanzados estaban unánimes era en reconocer a los falundeses de Falesia el derecho al respeto de sus características. ¿En nombre de qué mandamiento - argumentaban - vamos a querer suprimir los distintos modos que cada hombre tiene de producirse?. Sí; esos súbditos holandeses tienen derecho a usar la lengua que quieran entre sí, a guardar sus tradiciones, a practicar sus usos y costumbres, a ser como son, en una palabra. Y si Falundia les apoia en sus peticiones, no hace más que salir por los fue-

ros de la justicia, que los Gobiernos solandeses escatiman tan lamentablemente. Este lenguaje descarnado excitaba hasta el delirio a los periódicos partidarios de la guerra. Pronto empezaron a aparecer en ellos insinuaciones al Gobierno para que interviniera a fin de evitar manifestaciones tan antipatrióticas, que no hacían sino debilitar la unión sagrada de todos los solandeses a la hora del peligro.

Y entonces la propaganda guerrera se intensificó. De la Prensa pasó a la calle. Todos los días se celebraban mitines en los que se abogaba por una pronta intervención para apartar de una vez el espectro de Falundia.

Para una de las noches estaba anunciado un mitin monstruo en el "Auditorium". Media hora antes de empezar, el enorme local se encontraba casi lleno. La gente hablaba de los oradores que iban a desfilar por la tribuna y de las abominables manifestaciones de la Prensa izquierdista que, en resumidas cuentas, sólo servían para hacer el juego a Falundia.

Comenzó el mitin. Dos o tres oradores hablaron de las glorias de Solandia y de su poderío. Por fin, subió a la tribuna Blin, Presidente de la Asociación Patriótica. Hizo en tonos irónicos una pequeña historia de los sucesos de Falesia y entró de lleno en el discurso.

- ¿Conocéis bien todos - decía - hasta dónde llega la ambición falundesa?. ¿Tenéis bien presente en vuestra memoria el sentido de la política falundesa desde la guerra de las Máscaras?. Por si alguno lo ha olvidado, bueno será recordar que Falundia desató la guerra pasada, como había desatado la de las Máscaras, con el único fin de aplastar a Solandia y esperando para ello el momento en que nosotros estábamos más agobiados y ellos más boyantes. Indiscutiblemente, Solandia es un grave impedimento para la vida de Falundia. Así deben de entenderlo ellos y con tal objeto se arman hasta los dientes e inventan pretextos para arrojarlos sobre nosotros. ¿Consentiremos nosotros en ello?. ¿Nos dejaremos aplastar con las lágrimas en los ojos?. ¿Olvidaremos vergonzosamente todo el glorioso pasado de Solandia y nos entregaremos a su cuchillo como corderos indefensos?.

Un estruendoso "No!" respondió al orador. El público se miraba con los ojos brillantes en los que fulguraba la sed de sangre.

- Por desagradable que la realidad sea para nosotros - continuó el orador - tenemos que convencernos de que Falundia nos odia con todas las potencias de su alma. Este odio es viejo, pero se ha exacerbado desde la última guerra, en la que los falundeses fracasaron tan estruendosamente y donde Solandia se cubrió de gloria recogotándolos y obligándoles a pedir la paz de rodillas. Sabiendo esto, ¿puede darse crédito a las patrañas que algunos periódicos quieren hacernos tragar de que Falundia permanece tranquila y de que somos nosotros los provocadores?. No; su odio feroz ha hecho huir la paz de su alma y debemos persuadirnos de que sólo esperan la oportunidad más favorable para arrojar sobre nosotros y destrozarnos.

Blin, que ~~sufría~~ sudaba copiosamente, cogió el vaso de agua que estaba sobre la mesa y se lo bebió poco a poco.

- Yo quisiera llevar a vuestros espíritus - siguió diciendo - la convicción de que Falundia sigue constituyendo para nosotros el mismo formidable peligro que hace unos años. Hay una irreductible oposición entre su carácter y el nuestro, con la diferencia a nuestro favor de que carecemos de su terquedad ciega. Esta terquedad, orientada con verdadera obsesión hecha una guerra en la que consigan la revancha de los grandes triunfos solandeses obtenidos sobre ellos es la que explica nuestra actitud vigilante y la necesidad en que estamos de encontrarnos preparados a todo evento contra un ataque falundés.

El orador concentraba en sí las miradas de millares de ojos que recogían cuidadosamente todos sus gestos. Los oídos estaban atentos y en las innumerables caras de la gente allí reunida se reflejaba un estado de ánimo que respondía admirablemente a las palabras de Blin. Todos aquellos cuerpos parecían otras tantas pilas eléctricas que la dialéctica y los gestos del orador iban cargando de peligrosa electricidad.

- Y ved ahora - siguió Blin - qué pretexto alegan para caer sobre nosotros. Piden respeto para los falundeses de Falesia. Es una cosa justa, ¿verdad?. Sí, Falundia habla siempre de ideas elevadas para justificar los hechos más abominables de su insaciable ansia de dominio. Respeto para los falun-

deses de Falesial. Respeto de Solandia a los ciudadanos solandesea!. Allí no hay falundeses ya!. Eternamente han sido y serán Solandia esas tierras tan nuestras. Y Falandia resucita su eterno pleito para intentar arrebatárnoslas.

- Eso es falso!. Estáis engañando al pueblo!.

Una enorme confusión se produjo. Cerca de la tribuna la gente se arremolinaba y pretendía agredir a un individuo que seguía gritando:

- Dejadme hablar!. Yo contestaré al orador.

Varios intentaron lanzarse sobre él; pero otros, intrigados por el atrevimiento de aquel hombre que desafiaba así a una multitud tan considerable, empezaron a decir:

- Dejadlo! ¿ver qué hace.

Entretanto, la voz del individuo, una voz poderosa y bien timbrada, resonaba en el amplio local:

- Dejadme hablar!. Pegadme después, si queréis, pero oidme antes.

Por fin, tras no pocos esfuerzos, el individuo se encontró en la tribuna. Seguían oyéndose voces de protesta. Poco a poco, se hizo el silencio y la voz robusta del individuo se extendió hasta los últimos rincones del gran ~~salón~~ salón.

- He dicho al orador que os estaba engañando y lo repito. Necesito hacer un llamamiento a vuest-ra razón para que, olvidando por un momento cuanto se está diciendo con objeto de inclinar vuestro pensamiento y vuestro sentimiento en un sentido verdaderamente peligroso para vosotros y para Solandia entera, procuréis discurrir serenamente sobre lo que voy a deciros.

En el auditorio, que aun rezongaba de descontento, comenzó a producirse un movimiento de intensa curiosidad.

- La argumentación del orador a quien he interrumpido se basaba principalmente en la imposibilidad que a su juicio existe de que Falandia y Solandia puedan convivir en Europa. Esto es falso y aunque fuera cierto, en nuestras manos estaría transformar tal estado de ánimo en otro más propicio a la convivencia. Porque decidme: ¿Qué se ha hecho hasta ahora en el sentido de una aproximación entre los dos pueblos?. Nada.

Una voz le interrumpió:

- Estás vendido a Falundia!

- Os ruego que tengáis calma. Dejad hablar a la razón y no a la pasión - dijo el individuo. Afirmaba yo que nada se ha hecho para llegar a la armonía entre Solandia y Falundia. Por el contrario, nos pasamos la vida removiendo las cenizas de las luchas pasadas e inventando pretextos para reanudar otras nuevas. ¿Cómo queréis que haya paz entre ambos pueblos?. Por este camino no podemos llegar más que a la desaparición de Solandia o de Falundia y la pérdida de cualquiera de los dos pueblos sería verdaderamente sensible para el mundo. Si Dios nos ha puesto al uno junto al otro, ¿por qué no esforzarnos en vivir en paz en vez de estar buscándonos querrela perpetuamente?.

Entre la multitud empezaron a formarse unos pequeños remolinos de gente que discutía. Había ya quien daba la razón al individuo, pero la mayoría estaba con Elin.

- Desgraciadamente - siguió el individuo -, el mal es viejo y está profundamente arraigado en nuestro pueblo. Como si fuese un sistema de gobierno, se nos ha ido envenenando desde las escuelas y formando en nuestros espíritus una actitud de odio irreconciliable a Falundia. Repasad los libros que estudiasteis. Ved los de vuestros hijos. Cómo se habla en ellos de Solandia!. La primera nación del mundo en la guerra!. Sus grandes generales!. Nuestras vidas por Solandia!. Y después, la literatura sigue alimentando en los hombres las ideas combativas que les fueron imbuidas en la escuela.

- ¿Y Falundia? - interrumpió otra voz.

- Sí, es cierto. No niego que allá se haga otro tanto. Pero mientras las vidas de solandés y falundés sean orientadas hacia la guerra en lugar de hacerlo hacia la paz, viviremos ~~amenazados~~ de muerte. Alguno tiene que empezar. Pues seamos nosotros los que invirtamos definitivamente la historia de Solandia, pasada hasta ahora en los triunfos guerreros y no en las victorias científicas a que debe aspirar nuestra condición de hombres. Así le quitaremos al orgullo solandés uno de sus caracteres más antipáticos, que es el de fundamentarse en la destrucción en lugar de hacerlo en la creación.

De vez en cuando se oían en la multitud murmullos de aprobación que eran contrarrestados por gritos de "Callarse!", "Fuera!".

- No es, pues, extraño que, con este criterio tan generalizado, nuestros Gobiernos, alarmados siempre, sólo piensen en armar hasta los dientes al pueblo holandés en vez de provocar corrientes de armonía, obligándonos a soportar las pesadísimas cargas de un ejército y de una marina exageradamente mayores que nuestros organismos de cultura y de bienestar. Y ciñéndonos a la cuestión que ahora nos preocupa a todos, ¿qué razones podemos alegar que sean bastante fuertes para justificar el trato que están recibiendo los falundeses de Falesia?. ¿Qué os parecería un régimen idéntico en esas tierras con los habitantes de origen holandés durante los años anteriores a la última guerra, en que estuvieron en poder de los falundeses?.

El argumento pareció sacar de quicio a los partidarios de la guerra. Su paciencia se había agotado y un formidable revuelo impidió continuar al orador espontáneo. Voces de "Está vendido!", "Escarmentadlo!" sonaron irritadas y una ola de gente enfurecida se precipitó sobre el individuo. Pero sus palabras habían producido el efecto deseado. Un montón de hombres lo rodeó e hizo frente a los que querían agredirle. En medio del tumulto y protegido siempre por los que había convencido, fué acercándose a una puerta. Al mismo tiempo, la policía se introdujo entre los que disputaban y quiso llegar hasta el individuo con objeto de detenerlo. Pero éste consiguió escabullirse y saltando a un taxi, dijo al conductor:

- Hacia el bosque de Diana por las calles. A escape!

El taxi se metió por la calle Serpentina, pasó por la plaza del Águila y se perdió hacia la calle del Frailecillo. Algunos exaltados quisieron seguirlo, pero pronto desistieron. Un policía decía a otro:

¡Ese va a hacer mucho daño. Debiéramos haberlo cogido.

- No tengas cuidado. Ya caerá. Es de los que no se callan.

VIII.

A la mañana siguiente Suzy, empleada en el Gran Bazar, decía a su compañera María, yendo las dos hacia los grandes almacenes:

- ¿Te has enterado de lo de ayer en el Auditorium?

- Si no se habla en los periódicos de otra cosa! - repuso María.

- Me gustaría haber visto a aquel valiente. Me lo figuro rubio, guapo, joven (porque tiene que ser joven), arrojando tranquilamente las iras de una multitud excitada por los oradores que predicán la guerra.

- Tú serás siempre una romántica. Yo no acabo de comprender por qué ese hombre se lanzó así a desafiar a una muchedumbre electrizada. Una vez pienso si no será un agente falundés, enviado para desbaratar la unión de todos los solandeses. Pero cuando me paro a considerar lo que dijo, veo que tiene mucha razón. Sus palabras me han hecho ver las cosas de otro modo y empiezo a sospechar si realmente nuestro Gobierno no estará preparando alguna celada a Falundia.

- A mí me seduce el gesto de ese hombre. Sólo contra todos. Te aseguro que me gustaría encontrarme en mi camino un hombre así.

- Bueno, déjate de lirismos. Este no es un asunto de corazón sino de cabeza. Si vieras cómo vienen los periódicos del Gobierno! Echan lumbre! Lo menos que le llaman es traidor. Pero "El Tiempo Nuevo", el diario que compra mi padre, dice que eso es hablar claro y que Solandia debe gratitud a ese héroe. Así lo llama. El caso es que, sin duda ninguna, ha abierto los ojos a mucha gente.

- A mí lo que me extraña es cómo le han dejado decir esas cosas.

- Porque ha sido una sorpresa, mujer! Pierde cuidado, que no repetirá muchas veces la misma suerte. Ya se encargará alguno de echarle el guante y ponerlo a la sombra.

- Pues iré a verlo a la cárcel. Y le diré: Es usted un hombre de

cuero entero!. Con los pocos que hay!. Además, debe de ser tan guspo!....

- Vaya, ya empiezas a desvariar. Espérame cuando salgamos.

Y las dos muchachas entraron en el enorme edificio del Gran Bazar y se perdieron entre las vitrinas.

Los sucesos del mitin del Auditorium repercutieron profundamente en la opinión. Los periódicos gubernamentales relataban el hecho a su manera. Callaban los argumentos aducidos por el individuo y referían someramente su discurso diciendo que había sido repugnante y antipatriótico. Pero la Prensa de la izquierda recogía todas las palabras que el individuo pronunció y las acentuaba con sus comentarios favorables.

Muchos partidarios de la guerra, por curiosidad, leían los periódicos avanzados. Pero su indignación y su desprecio eran prontamente desarmados por la argumentación del individuo. La mayor parte, después de conocido el temerario discurso, quedaban pensativos y sus convicciones empezaban a vacilar. Así, poco a poco, se fué iniciando un cambio en la opinión pública, que iba enfriándose ante el anuncio de una próxima guerra.

El Gobierno, dándose cuenta de la gravedad de la situación, tomó sus disposiciones para contrarrestar la funesta influencia del desconocido que, en un momento, había conmovido de tal suerte a las masas y parecía iba a arrastrarlas consigo.

Pasó una semana. En los periódicos apareció el anuncio de otro mitin monstruo organizado por la Asociación Patriótica y que se celebraría en el gran salón de fiestas del Stadium. Las esquinas de las calles se cubrieron de paquines invitando al pueblo solinés a escuchar a los oradores y a estrechar cada vez más el frente contra ciertas predicaciones peligrosas para la seguridad de Solandia y ofensivas para su honor.

La concurrencia era numerosísima. El inmenso salón estaba repleto y la gente se halaba tan oprimida que un empuje dado en un extremo se transmitía como una ola hasta el otro lado del recinto. La multitud había acudido, más que por oír a los oradores, con la secreta esperanza de ver aparecer otra vez al desconocido interruptor del Auditorium.

Un orador hablaba de la última guerra.

- Nuestra situación actual es algo parecida - decía - a aquella en que se encontraba el pueblo holandés antes de la segunda batalla del río Tarún. También entonces padecimos una crisis de desaliento y de desesperanza. Y como ahora, agitadores pagados por Falundia se encargaron de sembrar en los ánimos holandeses la semilla de la paz a toda costa.

- Los agitadores sois vosotros!

Esta vez, ante la voz rotunda, los protestantes fueron pocos. Se produjo un movimiento de gran expectación. Todos querían ver quién había sido el que interrumpía al orador. Pero enseguida, innumerables gritos sonaron:

- Que hable!; Que hable!

Unos cuantos policías se precipitaron hacia el lugar donde parecía encontrarse el osado interruptor. Intentaron detenerlo. Pero inmediatamente el individuo fué levantado en vilo y subido a la tribuna. Casi todo el público hizo frente a los policías y éstos tuvieron que desistir de su empeño.

Cuando el individuo apareció en la tribuna uno del público dijo sorprendido:

- Pero si no es el del auditorium!

- Esto es cosa de los periódicos de la izquierda, que han emprendido una campaña derrotista - indicó otro.

- Eso de derrotista es mucho decir - replicó el primero.

Los de al lado intervinieron y comenzaron todos a acalorarse. De pronto se oyó la voz del orador improvisado. La disputa se apaciguó súbitamente y el gran salón del Stadium quedó sumergido en un ~~gran~~ profundo silencio sólo turbado por la voz robusta del individuo que ocupaba ahora la tribuna.

- Los razonamientos que ~~señalan~~ algunos aducimos contra los partidarios de la guerra se achacan a maniobras interesadas - comenzó diciendo el orador espontáneo. Se acusa a los que no queremos la guerra de estar vendidos a Falundia y de formar parte de una conspiración cuyo objeto es poner en peligro la seguridad de Solandia, nuestra Patria anada. Porque también nosotros la amamos, sino que de modo muy diverso de los que sólo desean para ella destrue-

ción y sangre. Pues bien; conviene que conozcáis a los verdaderos conspiradores y yo os los voy a denunciar.

En la inmensa concurrencia hubo como un movimiento hacia adelante. Parecía que todos querían acercarse al orador para no perder una sílaba de lo que iba a decir.

- ¿Sabéis cuál es el asunto de que se trata en los Consejos de Ministros que celebra el Gobierno holandés desde hace algún tiempo? Pues de la manera de encubrir decentemente la declaración de guerra a Falundia para que todo el mundo crea que está justificada y de los medios más eficaces para realizar la campaña destinada a enardecer al buen pueblo holandés para que tome con entusiasmo la causa de la guerra que ellos le quieren imponer.

Los policías intentaron lanzarse a la tribuna para apoderarse del individuo que tan gravísimas declaraciones estaba haciendo. Pero el público, asombrado e indignado a la vez, se opuso con todas sus fuerzas y los policías, impotentes, desistieron.

- No creáis - siguió diciendo el individuo - que hablo a humo de pajas. Podría repetirlos con todas sus palabras los discursos pronunciados por los Ministros en esos Consejos, y en ellos veríais confirmado cuanto os digo. Os preguntaréis cómo he podido yo llegar a conocer estas cosas. Es un secreto del cual no soy dueño y que se descubrirá cuando vengan mejores tiempos. Por ahora bastos saber que los que realmente están poniendo en un grave peligro a Sotlandia son sus gobernantes, cegados por el odio y el temor a Falundia. Y la cuestión de Palesia no es más que un pretexto para que Sotlandia pueda caer sobre Falundia. El Gobierno holandés ha agravado premeditadamente esta cuestión, oprimiendo a los falundeses de aquellas tierras para encontrar un motivo que legitime su declaración de guerra. Y toda esa leyenda de los agentes falundese...

Esta vez los policías consiguieron su propósito. Como una avalancha irrumpieron en la tribuna y se abalanzaron sobre el orador. Simultáneamente, otra avalancha de público se mezcló a la de los policías gritando:

- Mueran los provocadores!

Se trabó una lucha furiosa. La policía se esforzaba por apoderarse del orador y el público trataba por todos los medios de impedirlo. En el confuso montón se inició pronto un movimiento hacia una de las puertas. Los policías comprendieron que la presa iba a escapárseles y redoblaron sus esfuerzos. Empuñaron sus revólveres y trataron de romper el muro humano que protegía al valiente orador. Sonaron varios tiros y la sangre empezó a manchar a los contentes. Pero los del público no cedían. Y en una arrancada, el individuo fué llevado en el aire hasta la puerta y puesto en la calle. Un automóvil esperaba. El individuo montó apresuradamente en él y con su velocidad máxima, desapareció por la avenida de los Triunfos.

La Policía, despechada, comenzó a detener gente. Pero la multitud, que salía a torrentes por todas las puertas, se le echó encima y los agentes, viendo la inutilidad de oponerse a aquel alud, optaron por retirarse.

Pronto los que salían, formando un gran río, comenzaron a andar por la avenida del Stadium con dirección al palacio del Gobierno. Sin que ellos mismos se dieran cuenta, se iba formando una manifestación imponente. A los gritos de "Pazi!", "Pazi!", "Abajo los provocadores!", la multitud avanzaba despacio. De repente, un canto poderoso se dejó oír. Hablaba de las dulzuras de la paz y de la armonía entre los hombres y abominaba de la guerra, espantoso fantasma de sangre y lodo.

Cuando la manifestación entraba en la avenida de los Filósofos un profundo silencio envolvía a aquella enorme masa humana. Sólo se oía la poderosa voz, que iba modulando energicamente las estrofas del canto pacifista.

IX.

Las cosas habían tomado un rumbo ~~imprevedido~~ ^{inesperado}. Los esfuerzos de los partidarios de la guerra fracasaban ruidosamente. Ya la gente no hablaba como antes y no tenía el menor reparo en manifestarse contra toda acción frente a Falundia. Ciertamente, los periódicos gubernamentales seguían atizando el fuego sagrado, invocando los deberes del patriotismo y calificando de derrotistas a los que no vacilaban en dar con sus predicaciones la razón a Falundia. Pero el público acogía ya fríamente estas exaltaciones. En unos pocos días la opinión había saltado bruscamente de cuadrante. Dios sólo sabe las consecuencias que una declaración de guerra hubiera producido en aquellas circunstancias.

Pronto se dió cuenta el Gobierno del peligroso giro que para él tomaban los acontecimientos. Y un día, todos los periódicos sin excepción aparecieron tratando la candente cuestión con una extraña unidad de criterio. Alguno de la izquierda que disonaba fué inmediatamente suspendido. El Gobierno holandés había determinado que toda la Prensa se sometiera a la censura previa. Al mismo tiempo fueron prohibidas todas las manifestaciones, mítines y actos relacionados con la guerra inminente.

Estas medidas daban a conocer, mejor que ninguna otra cosa, el gran efecto producido en el pueblo por la intervención de los dos desconocidos en los mítines del Auditorium y del Stadium. Se veía en el Gobierno el temor a que semejantes intervenciones acabaran por arrastrar a las masas y anularan totalmente las gestiones ocultas que las instituciones estaban llevando a cabo. Y todo el mundo se preguntaba quiénes serían aquellos dos individuos que habían osado desafiar así el inmenso poderío de un Gobierno seriamente decidido a provocar la guerra. Pero nadie sabía nada. Los dos desconocidos se habían esfumado sin dejar el menor rastro. Había muchos que suponían se trataba de elementos de los partidos radicales que, no contentos con llevar a cabo la campaña pacifista desde los periódicos, se habían lanzado a la tribuna para

oponer sus ideas a las de los intervencionistas. Pero, cosa extraña: nadie los conocía.

Entonces se reanudó desde la Prensa gubernamental la campaña intervencionista con redoblada furia. Sin contrario que pudiera rebatirles, los periódicos se despachaban a su gusto. Mas el daño estaba hecho. Sus predicaciones caían en el vacío.

Una noche se celebraba en el teatro de la Opera de Solín, la capital de Solandia, el estreno de una nueva obra solandesa. Su autor era el joven compositor Cledele y hacía ya muchos días que la Prensa venía ocupándose de ella y presentándola como la puerta que abría inmensas perspectivas a un arte nuevo. El teatro estaba brillantísimo. Todas las localidades habían sido ocupadas. Lo más notable de la buena sociedad solinesa se hallaba reunido en palcos y butacas. Arriba, el buen pueblo venía a dar su fallo sobre la nueva producción.

Acababa apenas de terminar el primer acto y la gente empezaba a levantarse de sus asientos cuando de uno de los palcos altos salió una fuerte voz: - Ciudadanos solandeses!

Todo el mundo miró al palco. Los que se disponían a salir permanecieron inmóviles. El confuso rumor de las conversaciones cesó como por ensalmo y un sentimiento de curiosidad mezclada de asombro se apoderó de la sala.

- Ciudadanos solandeses! Sé que arriesgo mi libertad, pero los momentos son cada vez más graves y es necesario que sepáis lo que ocurre. El Gobierno quiere taparos los ojos para llevaros a donde no debéis ir. Los preparativos militares solandeses van muy adelantados y en el último Consejo de Ministros se redactó la respuesta que ha de darse a Falundia. En ella va envuelta la declaración de guerra, porque Falundia no puede honrosamente hacer lo que nuestro Gobierno le pide. Ha llegado la hora de que digáis enérgicamente: "No!" Si no, sólo Dios sabe....

No pudo continuar. Un grupo de policías irrumpió bruscamente en el palco y se lanzó sobre ~~el~~ el desconocido. La sala fué presa de la más violenta confusión. Mucha gente gritaba: "Es el del Auditorium!", "Fuera la policía!" Pero esta vez no se pudo impedir que los agentes, a cada momento más numerosos,

se llevaran consigo al individuo que tan valientemente se atrevía a desafiar los planes del Gobierno holandés.

El día siguiente por la mañana, Larmo, empleado en el Ministerio de Hacienda, se dirigía hacia la parada más próxima de autobuses eléctricos, donde había de coger el que le condujera hasta la plaza del Palacio Real. Cogió un número y se dispuso a esperar leyendo su periódico. El autobús tardaba y Larmo comenzó a impacientarse. En esto, puso atención a lo que se hablaba en un grupo muy cercano a él.

- ¿Habéis oído lo que se dice?.

- Yo no he oído nada - contestaron dos o tres.

- No me chocas. El Gobierno trata de ocultarlo por todos los medios.

- Bueno, qué?. Habla ya.

- Ahora voy; pero no contéis esto en cualquier parte porque hay órdenes terminantes de detener al que se ocupe de ello.

- Pierde cuidado, ya será algo menos; pero desembucha, hombre, que ya nos tienes sobre ascuas.

- Pues nada menos que ayer se encontró en la gran mesa de la Presidencia del Consejo de Ministros un micrófono muy potente y muy perfeccionado oculto bajo ella.

- Y qué? - dijo uno de los del grupo.

- ¿Te parece poco?. Pues es lo que da la clave de toda la campaña pacifista de estos días.

- Pues es verdad!.

- Toma!. Y además es un formidable cargo contra el Gobierno, porque demuestra que las revelaciones que en el Stadium y en la Opera se hicieron por aquel desconocido son ciertas, gracias al micrófono, que recogía cuanto se hablaba en los Consejos.

- Anda!. Pues sí que la cosa es grave.

- Y tan grave!. Por eso el Gobierno hace cuanto puede para evitar, que se sepa.

- Se explica. Bueno, y tú cómo lo has sabido?.

- Porque se dió la orden de reformar la mesa y cuando varios ebanistas fueron a desmontarla se encontraron con el micrófono. Uno de esos ebanistas es gran amigo mío y me ha contado en secreto todo lo sucedido.

- Pues el de la Opera se la ha cargado!

- Ya lo creo!. Con las ganas que le tenía el Gobierno!

Un autobús se había detenido. Subieron todos y Larmo, ante la enorme trascendencia de lo que había oído, comenzó a pensar en las consecuencias que traería consigo el conocimiento del encuentro del micrófono, que no había de tardar en ser conocido por todo Solín. Las manifestaciones de los desconocidos del Auditorium, del Stadium y de la Opera se veían enteramente confirmadas. La repercusión de este hecho en el espíritu del pueblo había de ser tremenda. El Gobierno quedaba completamente al descubierto y ya nadie daría crédito a los argumentos de los intervencionistas. La obscura red tejida por el Gobierno para precipitar al pueblo holandés en la guerra había sido sacada a la luz del sol y toda la maniobra, tan cuidadosamente preparada, se venía abajo ruidosamente. Larmo pensaba:

- El diablo mismo no lo hubiera hecho tan bien.

X.

La vida entera de Solín había adquirido una vibración intensísima. Los diversos sucesos acaecidos en los últimos días, cada vez más sensacionales, habían elevado la tensión de los ánimos a un grado casi insostenible. Como suponía Larmo, la noticia del hallazgo del micrófono fué inmediatamente conocida en todas partes. Y el tremendo golpe que con ello sufrió el Gobierno fué fatal para sus propósitos.

Pero una tarde, dos días después de la detención del desconocido de la Opera, empezó a correr un rumor increíble. La cosa era tan fuerte, que casi todo el mundo se resistía a admitirla. Sin embargo, los que se decían bien enterados aseguraban que era tan cierta como que Solín existía. Se afirmaba que, cuando el desconocido de la Opera fué llevado a la Comisaría, no hubo manera de sacarle una palabra del cuerpo. Todos los interrogatorios fueron inútiles. El desconocido permaneció mudo y cuantos esfuerzos se intentaron para hacerle hablar fracasaron completamente. Ni ruegos ni amenazas sirvieron de nada. Por fin, el detenido fué llevado a una celda donde se le encerró con un centinela de vista. Pasaron algunas horas. De pronto, el centinela notó algo extraño en el detenido y llamó a los vigilantes. Una vez dentro todos, vieron en la actitud del preso que algo terrible había sucedido. "Se ha suicidado!", dijo uno de los vigilantes.

- Pero cómo? - repuso el centinela -. Yo no le he perdido de vista ni un momento y no he notado en él nada de particular.

- Pues me parece que esto no deja lugar a dudas.

Y señalaba al preso, caído en una actitud descompuesta que demostraba bien a las claras la falta de vida en aquel cuerpo. Uno de los vigilantes puso entonces su mano sobre el pecho del preso.

- Nada!. Ni un latido. Está muerto.

- Y qué hacemos?. - dijeron todos mirándose confusos.

- Por de pronto, avisar al Jefe - propuso uno, más resuelto.

El Jefe mandó llamar inmediatamente a un médico y éste empezó a prac-

tiar un reconocimiento en el cuerpo del preso.

- Pero ¿qué es esto? - dijo de pronto.

Y metía la mano por la boca del cuerpo tendido en el suelo.

Enseguida, con movimientos febriles, comenzó a palpar todos los miembros y a desabrochar los vestidos del cadáver.

- Pero si esto no es un hombre!

Todos los que se hallaban en la celda se acercaron apresuradamente al cuerpo misterioso.

- Si esto es un mecanismo!

Y el médico agitaba como un muñeco el cuerpo aquel, donde se adivinaban ruedas y palancas complicadísimas. El desconocido de la Opera era un autó-mata.

Una enorme emoción se produjo cuando fué comprobado este hecho extraordinario. ¿Quién era el ente misterioso que disponía de tales poderes? ¿Con qué milagrosos recursos contaba para realizar aquellas maravillas? ¿Dónde estaba el refugio de donde partían aquellos prodigios mecánicos que habían revolucionado la vida de Solín? La gente estaba confundida y asombrada.

Poco a poco, el velo se iba descorriendo. Se enlazaba el hallazgo del micrófono con la actuación del autó-mata de la Opera. Pero faltaba aún encontrar el cerebro que ponía a ambos en relación. La Policía trabajaba sin descanso noche y día. Nada, sin embargo, había descubierto.

En tanto, la opinión discutía acaloradamente la actuación del autó-mat-a. Unos la atribuían a manejos falundeses. Allí, donde la técnica está tan adelantada, han inventado esos muñecos tan perfectos y se están ~~usando~~ sirviendo de ellos para destruir la unidad de pensamiento y de acción del pueblo holandés - decían.

- Pero ¿cómo se explica - contestaban otros - el hallazgo del micrófono en la mesa de la Presidencia del Consejo de Ministros? ¿Y la actuación de las izquierdas holandesas?

- Vamos por partes. - replicaban los primeros -. Los que han traído los muñecos han podido muy bien colocar el micrófono y servirse de él para sa-

ber lo que se trataba en los Consejos.

- Pero enton-ces no han hecho más que dar a conocer la verdad. Y la verdad resulta ser entonces que el Gobierno holandés quería provocar la guerra. Porque si no habían de hacer caso de lo que el micrófono les transmitía, no tenían ninguna necesidad de colocarlo. Con inventar lo que el autómata había de decir les bastaba.

- Bueno, pero las izquierdas holandesas.... - argüían los que pensaban en una maniobra falundesa, batiéndose en retirada.

- En las izquierdas holandesas la hostilidad a la guerra es una cuestión de prin-cipio. Siempre han procedido igual.

A todo esto, la vida entera de Solín había sufrido una intensa conmoción. En las tiendas, en las oficinas, en los talleres, en las casas, no se hablaba más que del autómata de la Opera y de los móviles que le habían hecho intervenir tan ruidosamente los últimos días. Y todos convenían en que se trataba de algo verdaderamente maravilloso y lleno de misterio.

Pasaron algunos días. La emoción producida por el descubrimiento del micrófono y del autómata fué amortiguándose. Por otra parte, las órdenes del Gobierno para impedir que ninguna manifestación pacifista pudiera abrirse camino fueron cada vez más terminantes. Solín yacía bajo la losa de plomo del silencio impuesto por el Gobierno.

Una noche, la gente que pasaba por los grandes bulavares quedó sorprendida al oír el canto de una robusta voz cuya procedencia no había modo de determi-nar. Al principio, la gente seguía su camino, escuchando lo que la voz decía. Pero luego, a medida que el canto avanzaba, iban formándose grupos cada vez más numerosos que det-enían su paso e iban engrosando ~~hasta~~ hasta formar una gran muchedumbre silenciosa y atenta. El canto era de una línea libre, sin trabas de medida ~~sigu~~ fija, aunque dotado de un ritmo claramente perceptible. Y así como la letra podía considerarse como una prosa mucho más musical que la ordinaria, de la misma manera la música que la acompañaba tenía un carácter intermedio entre el recitado y la música propiamente dicha. Parecía más bien el

desahogo de un corazón cargado de sentimiento que la obra refinada y completa de un cerebro expresando musicalmente sus ideas.

"Oh, Paz, divino bien tan ignorado - cantaba la voz -,
Todo lo mejor está en ti!
En paz crecen las cosas.
El pino obscuro,
el encino robusto,
el fino álamo,
la alegre hierba verde,
¿no van alzándose en silencio cada vez más y más?
Paz, respiración tranquila del mundo germinando!.

"Cuando los caudalosos ríos atraviesan las praderas en flor
van despacio, calmados y tranquilos,
dejando su humedad sobre las tierras
y haciéndolas fecundas en silencio.
Y los ríos chiquitos, ríos niños,
¿quién osará turbarlos en sus juegos
y en la fresca canción que van diciendo
cuando saltan de guijarro en guijarro?
¿Dónde habéis visto madres
nacer sus cunas en medio de los campos de batalla?
¿Ni a los niños jugar, crecer, hacerse hombres,
envueltos en el fragor de la lucha homicida?
Las cosas crecen en medio de la calma.
Hasta los mismos continentes
(nuestros campos, nuestras habitaciones, nuestras fábricas)
van apartándose despacio,
como temiendo que un falso movimiento
pudiera arrojarlos al mar.

La multitud, envuelta en un silencio religioso, se sentía invadida por una fuerte emoción. El canto despertaba en ella la profunda poesía de las cosas amables, cariñosamente recordadas.

"Y luego, es tan fea la guerra!
Nuestras almas se sobrecogen con horror
cuando el rayo desgarrar el aire preñado de electricidad.
Y el golpear titánico del mar en las orillas,
y el agua cayendo en cataratas,
y el vendaval empujando furioso
con la idea malévolas de romper los árboles magníficos
y aplastar a los acongojados animales.
Qué bello es todo esto en los libros!
Y qué desagradable para el que oscila sobre las olas agitadas,
o espera la cosecha,
o anda de camino por el bosque!
También las cosas se entregan a la cólera.
Y sus facciones llenas de armonía
se desensajan ferozmente.
En sus brutales contorsiones,
la Tierra furibunda
echa abajo ciudades,
abre grietas
y deja desamparados a los hombres.
¿Dónde está la belleza de estas atrocidades?
Jamás el Arte encontrará su asunto
en las luchas salvajes
de animales o de hombres.
Los descompuestos rostros,
los esfuerzos violentos,
decíame, solineses,

ungidos con la gracia del buen gusto,
¿no son repugnantes de ver?
Sí, verdaderamente;
todo lo furioso es desagradable.

Entre los que escuchaban había gentes de todas clases. Y no faltaban quienes, llevados de sus aficiones literarias, habían intentado desde el principio incluir el estilo de la canción entre los distintos géneros entonces en boga. Pero el matiz peculiar con que el canto iba desarrollando los conceptos le hacía salirse de todos los moldes establecidos. Ahora mismo tomaba un tono polémico mezclado extrañamente a la poesía del recitado.

"¿Qué ciegos están todos! - seguía la canción -.
Tú, Dios que nos creaste,
nos pusiste en la cara dos ojos para ver.
Y nosotros a cada paso los cerramos
ante la fresca pujanza de la primavera,
frente a la gloria solar del verano,
ante la madurez opulenta del otoño
y en medio del sueño fecundo del invierno.
¿Cómo no vemos el ritmo ascensional del trabajo,
marchando con el paso
seguro y fuerte
del arado sobre la tierra?
¿Quién tapa nuestros ojos
para hacer de otros hombres enemigos
y no dejarnos ver en sus caras
reflejadas las nuestras?
Ay, Guerra, monstruosa locura
que niegas la hospitalidad,
el amor

y cuanto hay de cordial en el hombre!.
Tú nos sacas los ojos para que no veamos
cuán bellas son las cosas en la paz.

"Solineses,
¿Concebís a Dios creando el mundo en la violencia?.
¿Habrá loco que se atreva a pensar
mirando al Universo,
en qué éste pueda ser
la obra colosal de un Dios furioso?.
La creación surge en medio de la tranquilidad.
¿Qué son todas las Artes sino hallazgos?.
Líneas y sonidos,
masas y colores,
nacen en el hervor|tranquilo del espíritu.
Y el frágil y delicado alumbramiento
de la Ciencia
se abre paso
en medio de un silencio religioso.
Paz, exquisito regalo,
en ti la creación dormita confiadamente.

Numerosos agentes de policía habían ido reuniéndose e invitaban a todas las personas estacionadas a que circularan. Excepto las vías destinadas a los carruajes, todo el terreno estaba ocupado por una masa obscura que recogía ávidamente las palabras del canto misterioso. Con gran dificultad, los policías conseguían hacer moverse a la gente. Pero bien pronto volvían ^{esta} a pararse para escuchar mejor.

"Cuánto tardamos, pobres de nosotros,
en descubrir la fuente de eterna juventud!.
Pasan los días claros y serenos,
vienen otros nublados y lluviosos,
vuelve a lucir el sol
y entretanto, cuanto hay vivo en la Tierra
gira armoniosamente de la vida a la muerte.
Los mares envían hacia el cielo
su vaho fecundante;
el viento se lo lleva
y lo deja caer con suavidad,
despacio y cariñosamente,
sobre las tierras llenas de esperanza.
Y el cielo se rapite eternamente.
Mientras tanto,
el Universo entero suena como un arpa,
con mil acordes diferentes.
Todo se mueve con orden y armonía
en la paz,
sólamente en la paz.

"Ceguedad incurable!.
Las fuerzas brutas de la Naturaleza
oprimen a los hombres
mientras los ven entretenidos en las guerras.
La extensión dilatada de la Tierra
nos apartó
hasta que hombres, en paz,
inventaron vapores, trenes y aeroplanos.
Los pantanos inmensos,
los agujeros de las minas,

la enorme complicación de las ciudades,
salieron de la paz.

Porque la Tierra necesita de paz
para entregarse al hombre.

"Amad y aborreced, solineses!

Amad la paz!

Aborreced la guerra,
ese gran crimen colectivo!

¿Pudo crearnos Dios
para que unos a otros nos matemos?.

Pecado abominable de suicidio ==
es la guerra.

Pero alceamos el alma a la esperanza!

Llegarán tiempos en que los humanos
dictarán leyes que condenen
a los mayores criminales.

Désatar una guerra será entonces
hacerse reo de mil muertes.

Sonó un confuso griterío. La gente corría de un lado para otro, pisoteando a los que caían. A medida que la canción aumentaba la energía de su condenación de la guerra, los policías trataban por todos los medios de impedir que aquellas palabras acusadoras llegaran a la muchedumbre. Y los ruegos corteses fueron haciéndose cada vez más imperativos hasta llegar a la violencia. La policía cargaba sobre la multitud para disolverla por la fuerza. Pero la voz seguía sonando vibrante y poderosa.

"¿Habéis pensado ~~en la brutalidad de las batallas~~
en la brutalidad de las batallas?.

¿Cómo no han muerto de vergüenza los hombres

que han ordenado tantas luchas?
El cerebro, nuestra parte más noble,
arrojado a los pies de los caballos
para ser pateado ignominiosamente?
Sólo el hombre alcanza claramente a ver
las razones ocultas en las cosas.
Y en la guerra, el hombre,
en vez de razonar,
trata de resolver las diferencias por la fuerza.
No harían más las bestias.
Guerra maldita,
embruteces y animalizas a los hombres!

"Cómo no estalla vuestro corazón
al ver los infinitos males de la guerra?
Sólo los locos o los niños
destruyen sin miramiento alguno.
Y el hombre se hace niño o loco
en la guerra.
Pobres cosas, cargadas de recuerdos,
donde un hombre puso alguna vez
lo mejor de su alma!
Guerra, locura de destrucción!
Infinita tristeza de las cosas
que se vienen abajo!
Cuán inmenso trastorno en nuestros corazones
que, angustiados,
contemplan el fracaso
de la facultad más excelsa del hombre:
el hacer!

"Lentamente,
el hombre procura ir stando
sus instintos salvajes.
Y de pronto,
salta furiosamente la guerra.
Los lazos quedan sueltos
y, semejantes a enloquecidas fieras,
brincan y rugen las fuerzas más salvajes del hombre.
Lo mejor, lo más santo,
es profanado y hecho trizas,
dura, implacablemente.

Las cargas eran cada vez más fuertes. Se oían gritos, insultos y lamentaciones. Pero poco a poco, los grandes bulevares iban quedando desiertos. Sólo la policía, corriendo de un lado para otro, venía a formar el público sobre el cual caían sin piedad las palabras flageladoras del canto.

"Ay, pueblo mío,
tan reposado y tan sereno en la paz!
Tú, que tan sólo piensas
en los días de una vida mejor!
Tan bueno, tan resignado, tan paciente!
¿Por qué no te sublevas
cuando unos pocos,
equivocadamente,
intentan arrastrarte en su locura?.

"Hermanos, gritad y haced:
Guerra a la guerra!
Esta es la guerra santa.
Que los triunfos resplandecientes de la paz,
cual San Miguel al diablo,
arrojen a los sangrientos triunfos de la guerra
al abismo sin fondo de la nada!
Que desde hoy no se consagre héroes
a los que resaltaron matando y destruyendo,
sino a los creadores en la paz!
Y que todas las almas,
saturadas de armonía y de luz,
digan a una:
Paz desde ahora!
Desde ahora y por siempre!

En toda la extensión de la espaciosa vía no se veía otra cosa que policías. Un poco difícil resultaba convencer a tal público. Y cuando el canto terminó, los agentes se miraban unos a otros poseídos de despecho y con cierta conciencia del ridículo en que los ponía aquella voz incercible que sonaba tan poderosamente.

A partir de aquella noche, la escena se repetía diariamente. Los grandes bulevares venían a ser el lugar de reunión de los solineses, que marchaban lentamente, paseando en silencio para no perder una palabra del canto pacifista. Lo que ya no se repitió fue la conducta de la policía, pues el Gobierno, ante la imposibilidad de impedir el tránsito por arterias circulatorias tan importantes, tuvo que ordenar que se dejara marchar a los transeuntes sin molestarlos.

Pero a la vez que estas órdenes, fueron dadas terminantemente otras para desubrir al que, con su canto, estaba deshaciendo toda la labor que los

periódicos gubernamentales desarrollaban para hacer simpática al pueblo la causa de la guerra.

Todas las noches, mientras la voz sonaba llenando el espacioso ámbito de los grandes bulevares, multitud de policías registraban minuciosamente las casas tratando de encontrar a-1 que la producía. Pero todas las pesquisas resultaron inútiles. Nada se halló. La voz sonaba con igual intensidad en un punto que en otro y era imposible determinar exactamente el ~~paralelo~~ lugar donde se originaba.

Pasó así una semana. Todo Solín conocía ya la canción de los grandes bulevares. Y en unos sitios en voz baja, en otros ruidosamente, sus estrofas eran repetidas con verdadero entusiasmo y fruición. La cuestión de la guerra tomaba un sesgo cada vez peor para el Gobierno.

Una mañana de sol, la gente que pasaba por los grandes bulevares miraba con curiosidad verdaderamente infantil los esfuerzos de un hombre por atrapar a un loro que se había escapado de una de las casas vecinas. El pájaro voló primero de un balcón a otro, de éste a un árbol y fué corriéndose de árbol en árbol a medida que el hombre trataba de acercarse a él. Por fin se acomodó en una rama y comenzó a gritar: "Lindo Solín!", "Lindo Solín!".

El hombre, ocultándose cuanto le era posible, comenzó a trepar por el árbol. Cuando estaba totalmente cubierto por la frondosa copa se le oyó exclamar:

- ¿Qué es esto?.

Al descender al cabo de un rato llevaba en una mano el loro que seguía gritando "Lindo Solín!", "Lindo Solín!" y bajo el mismo brazo un pequeño y extraño aparato provisto de una bocina reducida de rara forma.

Pronto un policía se hizo cargo del aparato. Y desde aquella noche ya no se oyó el canto misterioso. Aquella era, sin duda, la fuente de donde, por artes diabólicas, brotaba el potente canto pacifista.

XI.

La propaganda pacifista tomaba un cariz cada vez más preciso. Alguna poderosa inteligencia ponía en juego los inagotables recursos de la Ciencia para estorbar la acción del Gobierno. Y éste se debatía impotente ante los prodigiosos medios puestos en práctica por aquella inteligencia poderosa y oculta.

Una mañana a primera hora varios policías llamaban a la puerta de la casa del físico Cantal. El sabio, que se disponía a salir para dar su clase en la Facultad de Ciencias, los hizo pasar a una pequeña salita de recibir.

- Tenemos una misión enojosa que cumplir, señor Cantal -, dijo uno de ellos.

- Estoy a la disposición de ustedes - repuso Cantal.

- El Gobierno de la República desea saber lo que contiene su laboratorio.

- Pues diré a ustedes.....

- Perdón, señor Cantal. Para molestarle a usted menos nos va a permitir que veamos nosotros mismos el laboratorio. Así acabaremos antes.

Cantal comprendió que el Gobierno sospechaba de él.

- Como ustedes gusten - contestó.

El sabio y los policías entraron en el laboratorio. Era una sala grande e iluminada por anchos ventanales. Se veían allí innumerables órganos de aparatos que sólo existían aún en el cerebro del famoso físico. El sabio los iba explicando y exponía a la vez algunos de los inventos en los que estaba trabajando. Tenía ya resuelta la transmisión del sonido por el éter a cualquier punto, donde se reproducía reforzado. Y Cantal señaló con el dedo los aparatos con los cuales obtenía este resultado.

Uno de los policías dijo a otro en voz baja:

- Ese aparato de junto a la ventana es idéntico al que se encontró en los árboles de los grandes bulevares.

- Sí - contestó el otro en el mismo tono. No hemos perdido el tiempo.

Los policías registraron minuciosamente todo el laboratorio. ~~Encontraron~~ encontrar rastros de algún autómatas, pero quedaron defraudados. Sin embargo - pensaban - aquí está su nido. Probablemente Cantal no habrá tenido tiempo de construir otro; pero el de la Opera salió de aquí indudablemente.

Uno de los policías tomó el aparato de junto a la ventana y dijo al

físico:

- ¿Es invención suya?

- Sí -contestó Cantal - y de las más recientes.

- Y no le conoce nadie más que usted?

- Oh, sí. Yo cuento a mis alumnos todo lo que hago.

- Bueno, creo que es suficiente - dijo el policía mirando a sus compañeros. Y dirigiéndose al sabio, añadió:

¿Tendría usted la bondad de acompañarnos?

- Cómo!. Me van ustedes a llevar detenido? - preguntó Cantal, que andaba cerca de los setenta años.

- Lo sentimos mucho, pero no hay otro remedio. Las órdenes que hemos recibido son terminantes.

- Pero ¿por qué?

- Mejor será que el señor juez se lo explique, señor Cantal. El tiene más datos que nosotros y podrá satisfacer mejor su deseo.

Y los policías, acompañando al sabio, montaron en un automóvil.

~~XII~~ XII.

La Academia de Ciencias del Instituto de Solandía celebraba una de sus sesiones solemnes. Se conmemoraba un aniversario del nacimiento de Graham Bell, inventor del teléfono. Desde entonces, la transmisión del sonido se había perfeccionado hasta un punto inconcebible. La radiotelefonía había permitido suprimir los hilos transmisores y ya después, se habían obtenido soluciones tan perfectas que el hombre podía considerarse acompañado por sus semejantes en cualquier punto de la Tierra.

Uno de los académicos hacía el panegírico de Graham Bell. En cuanto terminó su discurso sonaron unos aplausos discretos, muy entonados con el carácter grave de la docta Corporación. No se había hecho aún el silencio cuando uno del público, en voz que todos podían oír perfectamente, dijo:

- Señores académicos!. En ocasión tan solemne como ésta, consagrada a enaltecer la memoria de un gran hombre, yo pido perdón a las eminencias aquí reunidas por mi atrevimiento. Pero sería lamentable que nadie alzara su voz para impedir la gran injusticia que va a consumarse y yo, el menos llamado a ello seguramente, pero interpretando el sentir de muchos admiradores del sabio Cantal, me atrevo a solicitar de esta venerable Academia acuerde rogar al Gobierno ponga en libertad al excelente hombre y físico famoso. Todos estamos convencidos de que es por completo inocente de los cargos que se le hacen. Y en una fecha tan memorable como ésta, nada mejor para honrar la memoria de Graham Bell que hacer esta súplica en favor de uno de sus más eminentes continuadores.

Los académicos, asombrados primero, se miraban después con extrañeza, unos a otros. Cuando oyeron la súplica que se les hacía se replegaron sobre sí mismos y quedaron silenciosos. Por fin, uno de ellos, dirigiéndose a la Presidencia, que no sabía qué hacer, comenzó a poner reparos a la gestión que se demandaba a la Academia, diciendo que era ésta una cuestión extemporánea y que

se salía fuera de las actividades de la Corporación. Los demás daban muestras de asentimiento. El Presidente dijo entonces:

- No ha lugar a realizar la gestión que se propone a la Academia.

El del público, herido, comenzó a increpar a los académicos:

- La Ciencia es para vosotros una máscara - decía -. No sabéis inspiraros en la sinceridad y en la justicia de sus propósitos y por no desagradar al Gobierno sois capaces de las mayores bajezas. ¿Por qué permitís que se os llame sabios?. La sabiduría es hija del amor y del desinterés. Y vosotros contempláis indiferentes la prisión injusta de un hombre grande y bueno sin la menor protesta. ¿Qué puede esperar la verdadera Ciencia de vosotros?.

Los empleados de la Academia habían sacudido. Como el del público seguía tronando contra los Académicos, lo sacaron del local y lo entregaron a la policía, la cual se lo llevó detenido.

Sólo algunos periódicos se ocupaban al siguiente día del incidente ocurrido en la Academia de Ciencias. Pero lo hacían muy sumariamente y sin concederle apenas importancia. Se trata, indudablemente, de un perturbado - decían.

Pero otra fuerte conmoción sacudió a Solin al correrse un rumor sensacional. Se aseguraba que al ser ~~sacado~~ conducido a la Comisaría el detenido en la Academia de Ciencias y sometido a un interrogatorio, llamó la atención su silencio impenetrable. Súbitamente, como arrebatado por una inspiración, el Comisario se había arrojado sobre el detenido y había comprobado estupefacto que se trataba de otro autómatas.

La vida entera de Solin se trastornó. Todo el mundo andaba desconfiado por la calle, preguntándose a cada momento si cualquiera de las personas que veía no sería también otro autómatas. Cuando dos desconocidos tenían que dirigirse la palabra se observaba en ellos una actitud reservada. Se miraban atentamente, como tratando de hallar la prueba de que estaban frente a un muñeco y no frente a un hombre. No faltaron incidentes jocosos y otros más serios en los que ciertas gentes, muy impresionables, echaban de pronto a correr llenas de pánico al figurárseles estar en la compañía de uno de aquellos prodigiosos muñecos.

Al otro día se supo en Solín que Cantal había sido puesto en libertad. El grave pago dado por el Gobierno al ordenar la detención de un hombre tan eminente había sido una imprudencia. El Gobierno, viendo actuar otra vez a los autómatas, había comprendido que no era del laboratorio del famoso físico de donde partían, y que hubiera sido una falta imperdonable tenerlo más tiempo injustificadamente privado de la libertad. El nido de donde salía la formidable propaganda contra la guerra permanecía en el misterio. Había que buscar por otra parte.

Cuando Cantal salió de la prisión se produjeron varios incidentes lamentables. La policía tuvo que deshacer violentamente numerosos grupos que habían acudido a hacer presente su simpatía al sabio tan injustamente tratado. Al cargar la policía se oyeron numerosos gritos de "Abajo la guerra!".

XIII.

Los periódicos gubernamentales publicaban con grandes titulares una grave noticia. "Falundia protege a sus agitadores" - decían -. Y a continuación relataban cómo algunos de los falundeses presos en Pestka habían logrado escapar de la cárcel y huido a Falundia. El Gobierno holandés los había reclamado, pero Falundia había respondido que, siendo súbditos falundeses, ella los juzgaría imparcialmente y que esperaba se le comunicaran los cargos que había contra ellos para proceder a su enjuiciamiento.

- Es la guerra! - decían todos -. El Gobierno holandés ha encontrado ya el pretexto que le hacía falta.

Los periódicos, anticipándose a esta opinión y como un solo hombre, intensificaban sus argumentos en favor del rompimiento de las hostilidades. Todos los lugares comunes aducidos antes en pro de la guerra eran reforzados ahora con la prueba de la mala voluntad de Falundia. "Nosotros no queremos la guerra - decían los periódicos -; pero tampoco podemos dejarnos pisar cobardemente. Es Falundia la que nos empuja a nuestra propia defensa y la que solapadamente intenta provocar el conflicto". El pueblo, sin embargo, oía recelosamente estas predicaciones y no se entusiasmaba.

Una mañana, el guardia situado en la confluencia de las avenidas de los Castaños y del Capitolio vio acercarse apresuradamente a una mujer que daba señales de gran agitación. Cuando llegó junto a él le dijo:

- Vengan ustedes enseguida!. Es horrible!.

- ¿Qué sucede? - preguntó el guardia.

La mujer apenas podía hablar. Estaba completamente trastornada. Apenas si el guardia pudo entender que debía de tratarse de algún crimen. Requirió el auxilio de un compañero y dijo a la mujer:

- Vamos allá.

Echaron a andar y la mujer los condujo hacia la calle de los Curtido-

res. Una vez en ella, entraron en una casa modesta y penetraron en una de las habitaciones. Había allí varias mesas y sobre ellas numerosas piezas de mecanismos y aparatos desconocidos. En las paredes se veían algunos armarios llenos de libros.

- ¿Quién ocupa esta habitación? - preguntó uno de los guardias.

- Un estudiante llamado Magnus - contestó la mujer.

De pronto, en un gran armario abierto vieron varios cuerpos humanos

innóviles.

- ¿Qué es esto? - dijo uno de los guardias.

La mujer apartó la vista con horror y dijo llorando:

- Señor, yo no sabía nada. Yo no soy culpable de nada.

- Bueno, bueno. Ya veremos eso después.

Y acercándose al armario, comenzó a examinar los cuerpos. De pronto,

lanzó un grito. La mujer se estremeció.

- Son autómatas!. El pájaro ha caído!. ¿Dónde está Magnus?.

- No lo sé - contestó la mujer -. Salí hace un rato. Pero yo no sabía nada, señor. No tengo culpa de nada -.

Y gemía y lloraba.

- Esté usted tranquila, buena mujer - repuso el guardia.

Y sin poder contener su satisfacción, dijo a su compañero:

- Qué suerte, eh!.

Toda la policía de Solín se puso en movimiento. Pero Magnus no parecía.

Debió presentir que había sido descubierto y se eclipsó completamente. Pasaban los días y todos los esfuerzos de los sabuesos del Gobierno eran vanos.

Pero una tarde la policía recibió una confidencia importantísima.

Un miembro de la Asociación Patriótica que conocía a Magnus lo había visto tras de los cristales de una ventana de la casa de Cantal. La policía se presentó allí inmediatamente y, después de un breve registro, encontró al estudiante en el laboratorio del sabio. Cantal había creído un deber suyo dar hospitalidad al fugitivo, que era su discípulo predilecto y al cual debía estar agradecido por la defensa que de él había hecho con uno de sus autómatas en la Academia

de Ciencias.

La noticia de la detención de Magnus cayó en Solín como una bomba. Por fin se sabía quién era el misterioso personaje que había tenido en vilo al pueblo solinés con sus maravillosos recursos. La gente admiraba sin reservas el talento y la habilidad de Magnus y se hacía lenguas de su ingenio.

Pero los periódicos, unánimes, condenaban el uso que se había hecho de la Ciencia y le acusaban de traidor a la Patria. Algunos iban más allá y no se recataban en decir que era un agente pagado por Falundia, como habían dicho de sus muñecos.

El pueblo, sin embargo, admiraba abiertamente al estudiante. Se le había hecho simpático por su ingenio, que había sabido burlar durante tanto tiempo el poder inmenso del Gobierno solandés. Y apreciaba también en Magnus una nobleza de miras que los periódicos le negaban por completo.

Esta admiración popular se desbordó un día. Miles de personas, formando una gran manifestación, se dirigieron al Palacio Imperial para pedir al Presidente de la República la libertad de Magnus. - No ha hecho más que pensar en voz tan alta que todos le hemos oído - argumentaban -. No puede acusársele de otro delito. Y eso, realmente, no puede considerarse como tal. El pensamiento es libre y no hay violencia que pueda sofocarlo por completo. Si es verdad que ha dado mucho que hacer a la policía es porque ésta ha querido tomárselo. Si se hubiera consentido que cada uno expusiera libremente su criterio, Magnus no habría necesitado recurrir a sus autómatas ni a sus aparatos emisores.

El Presidente contestó a los manifestantes que pronto sería juzgado públicamente el estudiante y que, entretanto, él nada podía hacer para torcer la acción de la Justicia.

En efecto; pronto se supo que el Gobierno, deseoso de hacer un escarmiento, había recomendado al Tribunal que había de juzgar a Magnus activara todo lo posible la causa.

XIV.

Había terminado la pesadilla del Gobierno. Su más temible enemigo, aquel ente misterioso que salía al encuentro de todos los esfuerzos dirigidos a excitar al pueblo holandés para lanzarlo enfebrécido a una guerra con Finlandia, estaba a buen recaudo. Ahora el Gobierno podía decir cuanto quisiera sin temor a que las artes diabólicas de Magnus pudiesen contradecirle. Los Ministros holandeses tenían las manos libres.

Pero, después de examinar la cuestión detenidamente, habían convenido en que Magnus fuese juzgado rápida y públicamente, para que su condena indudable sirviese de escarmiento a los pacifistas envalentonados con la impunidad en que hasta entonces había podido desenvolverse el estudiante.

Solín vió con cierto sentimiento la detención de Magnus. Había empezado a acostumbrarse a los ingeniosos medios puestos en práctica por él para realizar su propaganda contra la guerra. Y era para la gran ciudad uno de los temas más interesantes de su conversación el comentario de alguna nueva hazaña de los autómatas o de los cantos misteriosos que sonaban en los bulevares.

A los quince días de detenido Magnus, su causa estaba terminada. En ella se le acusaba de divulgación de secretos de Estado y de sedición.

El día en que la vista había de celebrarse mucha gente pasó la noche en vela junto a la puerta de la Audiencia. La expectación era extraordinaria y de muy buena gana todo Solín hubiera abandonado sus ocupaciones ordinarias para poder asistir a la vista.

Por fin, las puertas se abrieron y los alguaciles anunciaron: "Audiencia pública!". El lugar destinado al público en la sala del Tribunal se llenó inmediatamente. Una gran multitud se quedó fuera, ante la imposibilidad material de colocarse.

El Fiscal terminó su discurso de acusación. Magnus debía ser condenado por haber atentado a la seguridad del Estado holandés.

Se produjo una expectación extraordinaria. El público había notado

que Magnus no tenía abogado defensor.

- Nadie habrá querido encargarse de su defensa - decían unos.

- O no se les habrá dejado que quieran - replicaban otros.

Magnus se levanto. Un silencio absoluto se produjo en la sala. El reo iba a defenderse a sí mismo.

- Debo reconocer - comenzó diciendo - que los hechos que se me atribuyen son ciertos. Yo he construido y manejado los autómatas que intervinieron en los mítines del Auditorium y del Stadium, en la Ópera y en la Academia de Ciencias. Soy discípulo de Cantal y sus ideas (nada más que sus ideas) sobre la transmisión del sonido me han llevado a obtener perfeccionamientos que hacen posible lo que yo he realizado. Mis muñecos estaban dotados además de dispositivos que me permitían ver y oír cuanto pasaba alrededor de los autómatas, como si yo mismo estuviera allí presente. Además, yo soy el único autor de los cantos que sonaron varias noches en los bulevares hasta que fué descubierto el aparato emisor que yo mismo había colocado en un árbol.

- Es un genio! - decía uno del público al que estaba a su lado.

- Frente a estos hechos - prosiguió Magnus - ¿a qué se reduce la acusación?. Yo no he hecho un mal uso de mis autómatas ni de mis aparatos. Por el contrario, he puesto la Ciencia al servicio de una gran causa, de la verdadera, de la única ~~causa~~ causa que debe defender: la de la paz. Hasta ahora, la Ciencia lo mismo sirve para crear que para destruir. Pero es desnaturalizar completamente su carácter utilizarla en los sangrientos menesteres de la guerra. Si la Ciencia es el anhelo de verdad y ésta es inseparable de la justicia, la Ciencia no puede moralmente ser empleada en destruir lo que el esfuerzo creador del hombre va edificando para hacer más bella y más soportable nuestra estancia sobre la Tierra.

- Ruego al acusado que se cífie al asunto - dijo el Presidente del Tribunal.

- Mi asunto es la Ciencia, señor Presidente, y no veo cómo podría defenderme si no la coloco en su verdadero lugar. Pero ante esa indicación, me

geñiré más a la acusación que el Sr. Fiscal ha tenido a bien dirigir contra mí. Se me acusa de divulgación de secretos de Estado. En efecto; yo he dado a conocer acuerdos del Gobierno holandés verdaderamente graves. Pero ¿por qué el dar a conocer una maquinación ha de ser un delito?. El delito, en todo caso, estará en trabajar en la sombra por desencadenar los infinitos males de una guerra. ¿O es que la denuncia de un delito puede considerarse como otro delito?. El delito está en el hecho, no en su relato. De suerte que si en este aspecto del asunto hay algún reo, ése no puede ser otro que el Gobierno holandés, que inventa pretextos para lanzar a su pueblo a una guerra completamente injustificada.

- Llamo la atención del acusado para que no siga por ese camino - dijo el Presidente.

- El Sr. Presidente y toda la Sala perdonarán que no pueda expresarme de otro modo - replicó Magnus -. El Gobierno me acusa a mí y mi verdadera defensa está en acusarle a él. Pero seré obediente una vez más. Se me acusa también de sedición por el uso de autómatas y aparatos con los cuales he realizado una propaganda perjudicial a los intereses de Holanda. Pero ¿puede ser un delito en un país moderno como éste opinar libremente?. ¿Y qué otra cosa he hecho yo y nada más que eso, sino emitir libremente mi opinión?. Hace ya tiempo que se ha observado que la masa de las grandes ciudades, falta de tradiciones y de ideas fuertemente arraigadas, es fácilmente influenciable. Y éste es el hecho que ha servido de base particularmente a la Prensa para dirigir a la opinión a su capricho. Se crean estados de pensamiento y de sentimiento como se hace lo que se quiere con un hipnotizado: por sugestión. Hoy la Prensa es uno de los más poderosos medios de sugestión. Y lo que la Prensa puede hacer libremente y está haciendo a cada momento ¿no le ha de ser permitido a un hombre que en ello quiera emplear los recursos de su ingenio?. En último término, mi actuación no significa otra cosa que esto: una sugestión frente a otra sugestión. La más poderosa será la que triunfe. Y bien poco debe de valer la que hasta ahora ha empleado el Gobierno holandés cuando un hombre solo como yo le ha puesto en tan terrible aprieto a juzgar por la saña con que se me persi-

que.

- Calla!. ¿Sabés que el muchacho se defiende bien? - se oyó en el público.

- Sí, pero el buen pueblo solinés no queda muy allá que digamos - contestó otro.

- Pero elevemos la cuestión - continuó Magnus -. ¿Qué hacen los políticos, qué los artistas y aun los mismos pensadores sino crear en las masas estados de opinión y movimientos de que ellos no son capaces por su falta de ideas y de voliciones?. Un partido político, una escuela artística, un sistema filosófico ¿no obran por sugestión sobre las masas?. ¿Y a quién se le ocurrirá en nuestros tiempos poner trabas a cualquier manifestación política, artística o filosófica con el intento de impedir que pueda convertirse en una fuerza que arrastre a las gentes en un sentido determinado?. Con el mismo derecho, pues, que todos estos sugestionadores he obrado yo, y aun puede que con mejor intención, al predicar al pueblo solinés la paz que algunos hombres equivocados quieren arrebatarse. No me arrepiento, por tanto, de lo hecho porque mi idea ha sido la de trabajar por la gloria de Solandia en la paz y no en la guerra. Pesan demasiado sobre nuestro pueblo los trofeos históricos, a los que parece hemos dedicado hasta ahora nuestro mayor cariño y nuestros mejores cuidados. Y yo quisiera que los más suntuosos palacios de Solandia estuvieran consagrados a enaltecer los triunfos creadores de nuestro gran pueblo y no a los que conmemoran asolaciones y ruinas que sangran siempre.

Y Magnus se sentó. En toda la sala se produjo un alito y confuso murmullo que el Presidente cortó con las palabras sacramentales:

- ¡Visto para sentencia!.

Bien poco decían los periódicos al día siguiente de lo que Magnus había aducido en su defensa. Pero los que habían asistido a la vista se encargaron de esparcir por todo Solin el discurso del estudiante. Y mientras los periódicos gubernamentales atacaban duramente al acusado, la opinión se dividía al juzgar la conducta de Magnus.

Los más cultos lo defendían encarnizadamente. Para ellos el estudian-

te encarnaba el derecho a opinar, que es la facultad más excelsa del hombre por ser la más racional. Opinar es juzgar - decían - y el juicio es el supremo atributo de la razón. ¿Qué tiene que ver que Magnus haya empleado muñecos o aparatos en vez de presentarse él mismo a exponer sus ideas?. Los peligros de los exaltados y las artimañas del Gobierno le han obligado a usar de esos arbitrios que no le hubieran hecho falta en otro caso.

Pero el gran público pon-ía reparos. Ante la desnudez espiritual en que lo había puesto Magnus se sentía herido y protestaba de que cualquiera fuese capaz de inclinarlo fácilmente a un lado o a otro. Sin embargo, no dejaba de ~~reconocer~~ reconocer la buena intención del estudiante y, en el fondo, sentía como él.

XV.

Los periódicos publicaban la sentencia. Se condenaba a Magnus al destierro fuera de Solandía. Se veía bien claro que no había sido encontrado motivo suficiente para imponerle una pena a la que no se había hecho acreedor. Pero, indudablemente, el Gobierno quería tener las manos libres y lo alejaba del territorio solandés.

Pronto los periódicos desencadenaron una campaña intensísima en pro de la guerra. Hablaban de su inminencia, del decoro solandés, del peligro falundés, del patriotismo y de una porción de cosas más. Se adivinaba en ellos la fruición con que escribían, libres de los temibles recursos del joven estudiante.

En esto llegó una noticia sensacional. Una patrulla solandesa de vigilancia en la frontera había sido agredida por fuerzas falundesas. Los periódicos no daban detalles. Solín comenzó a ser presa de una sorda agitación.

Pocos días después sonó el principio del fin. El Gobierno solandés había declarado la guerra a Falundia. Fué dada la orden de movilización y todo empezó a agitarse febrilmente.

Pero en la noche de ese día el Consejo de Ministros, reunido en sesión permanente, fué interrumpido por un confuso ruido que llegaba desde las calles. El pueblo solinés se había sublevado y se había lanzado contra las fuerzas del Gobierno para derribarlo. Las vías se llenaban de barricadas y se oían numerosos disparos. Un rumor de lucha encarnizada llenaba los aires. Y como un trueno, repercutía en el espacio el canto de Magnus a la paz:

"Hermanos, gritad y haced:

Guerra a la guerra!

Esta es la guerra santa.

Que los triunfos resplandecientes de la paz,

cual San Miguel al diablo,

arrojen a los sangrientos triunfos de la guerra

al abismo sin fondo de la nada!
Que desde hoy no se consagre héroes
a los que resaltaron matando y destruyendo,
sino a los creadores en la paz.
Y que todas las almas,
saturadas de armonía y de luz,
digan a una:
Paz desde ahora!
Desde ahora y por siempre!

Pamplona, 1924 y 1945.

Leoncio Urabayen

Leoncio Urabayen
Yaguas y Miranda, 3-3º.
PAMPLONA

